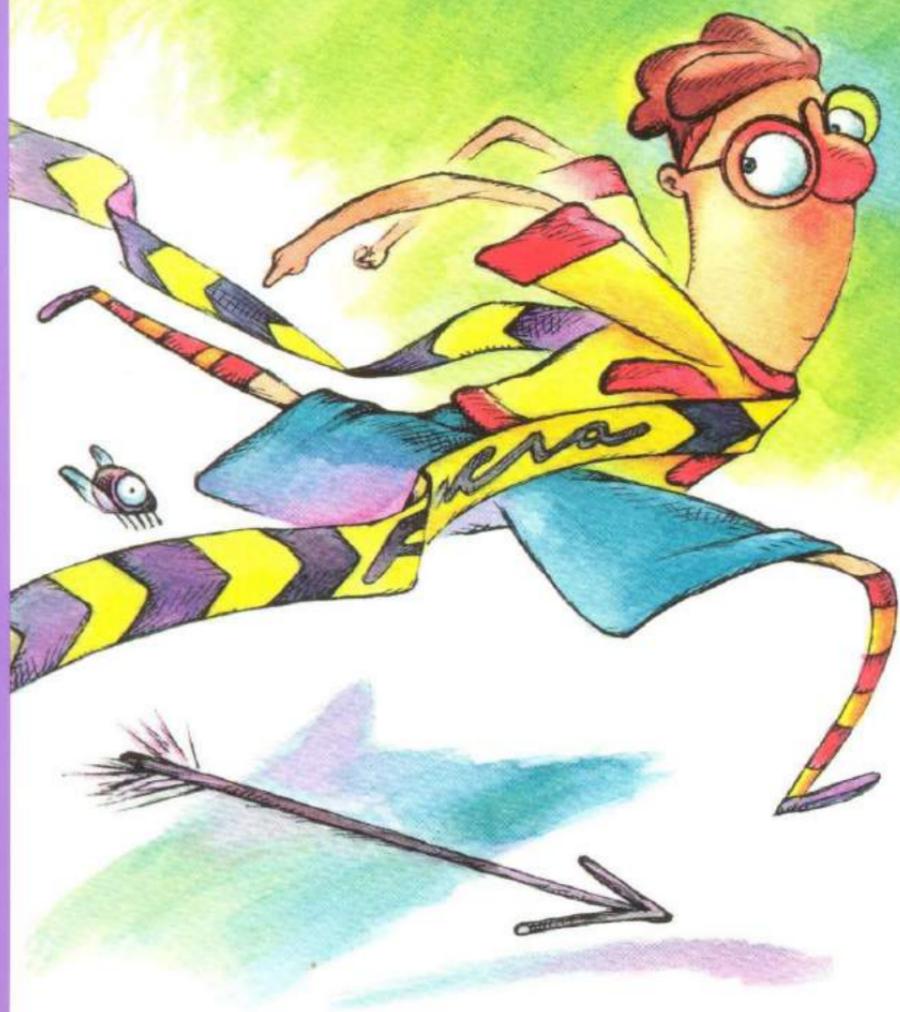


ALFAGUARA INFANTIL

Ada y su Varita

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo



ALFAGUARA



© Del texto: 2013, PePe Pelayo

© De las ilustraciones: 2013, Alex Pelayo

© De esta edición:

2013, **Santillana del Pacífico S.A de Ediciones**

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

www.librosalfaguarainfantil.com/cl

ISBN: 978-956-15-2268-8

Inscripción N° 227.673

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: mayo 2013

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Un sello del grupo **Santillana** con sedes en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Ada y su Varita

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo

ALFAGUARA

INFANTIL

*A Aramís y Mariela,
mis amiguitos mágicos de siempre.*

Un hecho de sangre



Un estrepitoso grito se escuchó al amanecer.

Con una rapidez asombrosa, Moisés levantó la cabeza, un poco la espalda, se apoyó en los codos y abrió sus ojos negros. Tenía una mirada cansada e inteligente, a pesar de su estrabismo. Yo lo imité en el extremo más alejado de la cama.

—¡Adalberto! ¡Adalberto! —saltó él, llamándome mientras aclaraba su garganta sin lograrlo.

Moisés pocas veces me decía Adalberto, le gustaba más la abreviación «Ada», ya que me trataba siempre con una insoportable ñoñería.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—¿Qué alarido fue ese, mi niñito regalón de mi alma? —me preguntó en voz baja y opaca, supongo que para no despertar a mi hermano Yoyito, aunque podría ser también por las flemas de su pecho resfriado—. ¿Sería el grito de independencia de alguna república vecina?

No entendí lo que me dijo, por lo que supuse que era uno de sus chistes. Es que mi abuelo tenía un sentido del humor muy especial.

Dejé de pensar en su comentario y me concentré en la razón de nuestro repentino despertar. Varias alternativas de explicación pasaron por mi mente, pero una a una las fui desechando con la misma rapidez con que se había erguido Moisés de la cama (no permite que le digamos «abuelo» y nos obliga a llamarlo «señor». «Si me dicen ‘abuelo’ voy a parecer muy viejo, y si me dicen ‘señor’, pareceré alguien más importante», son las razones que argumenta).

Él alcanzó a instalarse la dentadura postiza y saborearla. Siempre la colocaba dentro de una taza de café con leche antes de acostarse. Eso era lo único que tomaba cuando despertaba, según él, para ahorrarse el tiempo de preparar el desayuno por la mañana y así poder dormir un rato más.

En ese momento, escuchamos unos pasos que se acercaban. A continuación, unos golpes des-

ordenados producidos por nudillos de dedos y anillos de lata contra nuestra destartada puerta.

—¡Una desgracia! ¡Abran para que vean esto! —nos llamaron a través de las rendijas de madera.

—Esa es la vieja que vende melones —aseguró susurrando Moisés, mientras se quitaba una secreción del ojo derecho.

—¡¿Eh?! —exclamó Yoyito, mi hermano menor, sentándose como un resorte en la cama, justo al medio entre el abuelo y yo.

—¡Vengan, sucedió algo horrible! —vociferó otra voz de anciana, la verdadera vendedora de melones. La anterior vendía limones, pero el abuelo acostumbraba a confundirlas.

—¡Abran! —gritaron al unísono las dos señoras. Y la que vendía limones añadió—: ¡Salgan, para que vean a Varita con un arpón clavado en su lomo!

Yoyito abrió los ojos y nos miró entre perplejo y asustado.

¿Cómo? ¿Mi gata Varita? ¿La fea y sucia Varita? ¡Muerta de ese modo! ¿Quién sería capaz de esa crueldad... y de tener esa necesidad?

Quizás por el sueño que aún sentía, o a lo mejor para no tener que enfrentarse al dolor de ver a la gata muerta, o simplemente por su resfrío, el caso fue que el abuelo decidió permanecer en la cama y lo mismo hizo Yoyito.

La cama era de plaza y media, pero ahí dormíamos los tres, no había otra en aquel lugar.

Yo salté, me puse el piyama, ya que dormía en calzoncillos por el calor, y en mi breve recorrido hacia la puerta me aplasté un poco el pelo para que pareciera más peinado. La abrí haciendo mucho esfuerzo, como siempre.

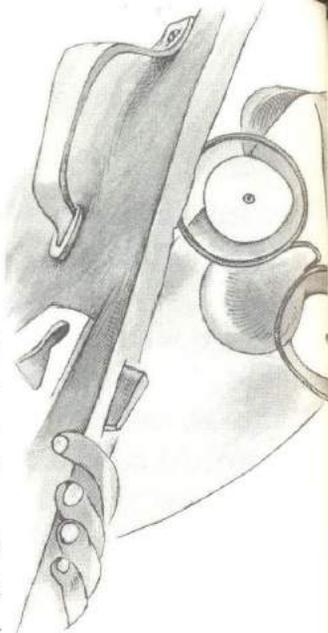
—¡Mira, niño! —dijo una de las ancianas, creo que la que vendía melones, señalándome el cadáver de Varita—. Recoge a ese pobre animal antes de que comience a apestar. Además, esperamos visitas y no queremos que vean esa asquerosidad.

—¡Y echa bastante agua para limpiar la sangre! —aconsejó la otra anciana, la que vendía limones si no me equivoco, mientras se alejaba del brazo de su hermana.

Verdad que la escena del crimen, con Varita atravesada por un arpón frente a la entrada de nuestra pieza, era repugnante. Sentí pena por ella. Para varios era una gata antipática, pero al traerla a vivir a este conventillo el año pasado, para mí ya formaba parte del mismo. Por eso pasé de la pena a sentir rabia contra el asesino.

Entré de inmediato, empujando la puerta con todas mis fuerzas, furioso y porque así era como había que hacer para que cerrara bien.

—¡Señor! —grité, al ver a mi abuelo dormido de nuevo.



Yoyito estaba acostado a su lado, pero despierto, jugando con el teléfono celular. Ni siquiera levantó la vista con mi escandalosa entrada.

—¡Juro que no fue así! —saltó Moisés confundido, remarcando bien su palabra favorita, inventada por él, la cual usaba para muchas cosas—: ¡Váyapa!... ¡Uno no puede dormir una siesta tranquilo en este miserable camarote!

—Pero, no es una siesta...

—¡Si ya desayuné, Ada, mi niño querido —me interrumpió, ahora cambiando a un tono mimoso—, y es media mañana, entonces se trata de una siesta! ¿Entiendes mi chanchito?

Después de su inaguantable ñoñería, el abuelo se quedó un buen instante señalando el reloj que tenía sobre la caja de cartón que hacía de mesita de noche, el cual llevaba años marcando las once y diez porque no quería mandarlo a arreglar.

—Está bien, tiene razón —le respondí suspirando profundo para no discutir—. El asunto es que allá afuera está la gata Varita asesinada y yo necesito averiguar quién fue.

—¿Para qué quieres saberlo, mi corazoncito precioso? —preguntó.

—¡Para que pague por su crimen! —respondí.

—¡¿Le vas a cobrar al asesino por matar a Varita?! —casi gritó Yoyito en tono de burla y él y el abuelo rieron a carcajadas.

Ambos eran más que compinches. Eran dos seres idénticos. Eran clones. Yoyito imitaba al abue-

lo en todo y el abuelo, a su vez, lo consentía. Sólo a mí me hablaba con cariño, muy almibarado, quizás para molestarme porque sabía que no me gustaba nada. Además, esa supuesta ternura se contradecía en la práctica ya que no me permitía hacer muchas cosas, sin embargo al pesado de mi hermano le dejaba hacer lo que se le antojaba.

—¡No, Yoyito, quiero descubrir al asesino para después denunciarlo, que se lo lleven preso y lo escarmienten!

—Entonces llama a la policía, mi tortuguita dulce —me propuso el abuelo—. Yo tengo un amigo teniente...

—Bueno, haré las dos cosas —dije, e intenté marcharme.

—¡Espérate, Ada! Mejor no llames a la policía, repollito cocido de mi alma —dijo, sacándose la dentadura y mojándola en su taza de café con leche de nuevo—. No vas a investigar nada, Ada mío, porque no quiero que te metas en líos, mi enanito queridito.

—¡Pero a Varita la traje yo a esta casa, a esta vecindad! ¡Era mi Varita! ¡Y tengo derecho a saber quién la mató! —me descargué molesto.

—¿Puedo hablar?! —chilló Yoyito mirando al abuelo, y cuando este asintió se dirigió a mí señalándome con el dedo—. ¡Di la verdad, Ada! Lo que pasa es que desde hace días estás diciendo que te gustaría ser detective, ¿es así o no es así?! —volvió a chillar y añadió saltando en la cama, como si

improvisara una cancioncita—. ¡No es por la gata! ¡No es por la gata! ¡No es por la gata! ¡No es por..!

—¡No tiene nada de malo que cuando sea grande me dedique a esa profesión! —lo interrumpí molesto.

—¡Yo también! ¡Cuando sea grande voy a ser detective! —dijo el abuelo con tal entusiasmo que casi se ahoga con la tos.

Él y Yoyito chocaron las palmas de sus manos y la risa exagerada de ambos hizo que me enojara todavía más.

Pero después me quedé pensando y sentí un poco de lástima. Hacía tiempo que, por su avanzada edad, el abuelo Moisés ya no estaba bien. Además de sus mañas asquerosillas, a veces no coordinaba sus ideas, en muchas ocasiones se le olvidaban cosas y la mayoría del tiempo decía disparates (aunque siempre he pensado que eso último lo hacía adrede para hacernos reír).

—¿Lo dejamos, señor?! —gritó Yoyito—. ¡Dejémos-



le que salga e investigue! ¡Así nos quedamos nosotros jugando sin que nos interrumpan!

—Está bien... Escucha esto, mi Ada amado, mi niño lindo, hermoso. Desde ahora te bautizo oficialmente con el nombre de Ádata. —y se rascó con fuerza su barba. Una barba a pedazos blanca por las canas y a pedazos negro-rojiza por viejos tintes de cuando le dio por lucir más joven. Pero una barba tupida, eso sí, que armonizaba con sus gruesas cejas.

—¿Y por qué ese nombre, señor? —Yoyito se extrañó mucho y quizás por eso no gritó como casi siempre lo hacía.

—Porque existió una famosa escritora de novelas policiales que se llamaba Ágatha Christie —respondió el anciano—, así es que le viene bien a tu hermano que sea Ádata Christie, ¿no?

—Gracias, señor —dije con mi mejor sonrisa.

—Ahora, comienza a investigar, mi cielito azulito, que yo te voy a ir guiando —añadió—. Para eso tengo bastante experiencia en el asunto.

—¿Cómo?! —se sorprendió Yoyito, siempre poniéndole mucho énfasis a todo—. ¿Usted alguna vez ha investigado un crimen, señor?

—¡Váyapa! ¡Claro que sí! ¿Les cuento...?

Sin esperar respuesta, comenzó a amortiguar la picazón de su oído derecho utilizando el sistema de introducirse el meñique de su mano derecha, moviéndolo insistentemente al mismo tiempo que producía ronquidos con la garganta a pequeños

intervalos, manteniendo la boca cerrada. Era otra de sus mañas, una de tantas que me molestaban y me producían repulsión, porque mientras más viejo se ponía, más se alejaba de las buenas costumbres.

—Miren —continuó después de un par de minutos—. Una vez, estando en Filipinas, un amigo me llamó con urgencia para resolver el caso de un buey secuestrado. De inmediato acepté, porque no hacía ni tres meses que en Puerto Rico había solucionado una investigación sobre unos gorriones envenenados y me di cuenta de que era bueno en eso y lo disfrutaba.

Al decir aquello, se recostó en la cama como recordando viejos y buenos tiempos, cerró sus ojos y esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Enseguida se escucharon unos ronquidos.

—¡Señor! —lo llamó Yoyito.

—¡Oiga! —le grité sacudiéndolo.

—¿Por qué?! ¡Yo no hice nada! —se despertó sobresaltado.

—Señor —le repetí en tono normal, con mucha paciencia.

—¡Váyapa! ¿Tú me despertaste, Ádata Christie?

—Sí.

—¡Debe ser algo importante, cachorrito mío, porque son como las dos de la madrugada!

—No, señor —le dije—, es media mañana y usted nos estaba contando de su experiencia como detective en las Filipinas.

—¡Ah, sí! —recordó—. Entonces el tigre de Bengala aquel me saltó encima y...

—¡¡No!! ¡Era sobre el secuestro de un buey, señor! —lo interrumpió Yoyito muy divertido.

—¡Es cierto! ¡Qué buena memoria tienes, hijo mío! —dijo el abuelo, chocando palmas de nuevo con mi hermano—. Recuerdo que era una pandilla de bueyes que envenenaron a un gorrión para... este... bueno, ahora no me acuerdo bien...

—No importa —dije—. Lo importante es que voy a investigar la muerte de Varita y usted dijo que me iba a ayudar, ¿eso lo recuerda?

—¡Claro que sí, mi bebé entalcadito! —exclamó. Mientras se acariciaba la barba con expresión de estar meditando profundamente, se puso a hurguetear su nariz, poniéndole mucha dedicación y energía a la maniobra. Tuve que dejar de mirarlo.

—Lo primero es analizar el cadáver —me dijo al cabo de un rato—. Recuerda que la pobre Varita te puede informar sobre muchas cosas estando muerta.

—¿Ada interrogará al fantasma de esa gata?! —quiso saber Yoyito y le brillaron los ojos—. ¡Yo voy con él! ¡Yo también quiero ser detective! ¡Yo soy Yóyata Christie! ¿Eh?

—¡Cálmate, hijo! —rió Moisés, tocándole la cabeza y despeinándolo aún más—. Ada no hablará con ningún fantasma. El cadáver es quien le informará todo.

—¿Cómo es eso? —pregunté yo ahora.

—Mira, mi ovejita divina con pompones, sólo tienes que observar bien la posición del cadáver, lo que hay a su alrededor, las heridas que tiene... ¡Ah!, y sobre todo, descubrir cuándo sucedió, en qué momento, a qué hora, en cuál ocasión, en qué instante, cuándo sucedió, en qué momen...

—¡Ya entendí, señor! —lo corté algo desesperado, y tuve que esperar a que bajara el nivel de la risa de ambos para añadir—: ¿Y después qué hago?

—¡Váyapa!... Este... ¡Primero ve a investigar lo que te acabo de decir, mi pequeño superhéroe cochita prechiocha! ¡Y después veremos! ¡Orden y concierto ante todo, Ádata querido! ¡Ese es mi lema!

—Está bien, señor —dije con calma.

—... No sé por qué me da hambre a esta hora si no hace ni cuarenta minutos que almorcé —habló el abuelo para él mismo, aunque lo escuchamos todos.

Mojó de nuevo su dentadura postiza en el café con leche y la saboreó hasta recostar su cabeza en la almohada y empezar con sus ronquidos.



La escena del crimen

Salí entonces hasta la puerta para revisar la escena del crimen. Menos mal que llegué a tiempo, porque la anciana que vendía limones ya estaba limpiando un largo hilo rojo en el suelo, desde la entrada del conventillo hasta casi nuestra puerta. A juzgar por ese abundante rastro de sangre, daba la impresión de que Varita se había secado.

Me fijé en su negro cuerpo y se me revolvió el estómago por la forma como quedó. Pero me recuperé enseguida, convenciéndome de que a un detective no le podían afectar esas cosas.

La víctima estaba acostada bocabajo con las cuatro patas estiradas hacia los lados y la cabeza dirigida hacia nuestra puerta. Entrando en su lomo, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, se encontraba el arpón. No había absolutamente nada en los alrededores del cadáver, si se exceptuaba el envoltorio de un paquete de galletas, tres latas de gaseosas aplastadas, varias bolitas de papel, el pote vacío de una pomada antimicótica y dieciocho o diecinueve moscas revoloteándole encima.

Busqué una bolsa de nailon y guardé con de-

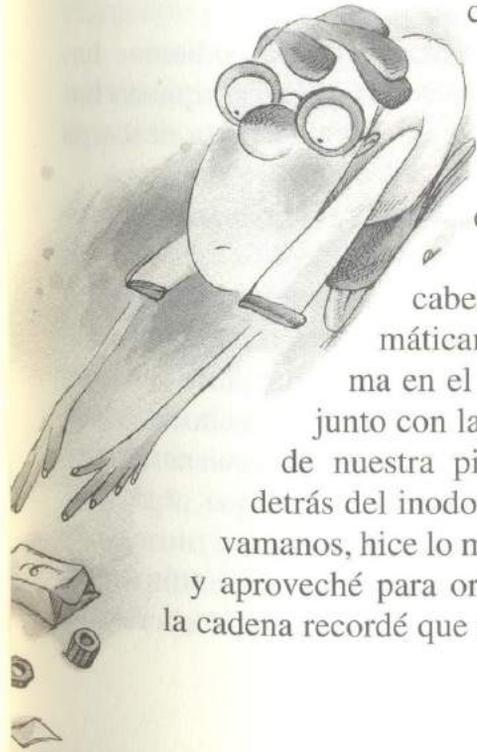
licadeza las posibles pruebas, menos las moscas, claro. A continuación desplegué las hojas de un diario viejo en el suelo. Saqué con mucho cuidado el arma homicida del cuerpo del gato y la coloqué en el papel. Antes había pensado en ponerme guantes para no contaminar con mis huellas el arma, pero vi que en realidad ese arpón jamás iría a un laboratorio criminal con el objetivo de obtener las huellas del asesino. De todas formas quise guardar bien el arma por si acaso.

—¡Acaba de botar ese animal muerto, Ádata! —me gritó la anciana que vendía melones, terminando su limpieza.

¡No lo podía creer! ¡Esa señora tenía que haber escuchado la conversación con el abuelo! De lo

contrario, ¿cómo iba a saber que ahora soy Ádata Christie? Sin dudas, era una pista importante a tener en cuenta.

Asentí con la cabeza, sonriendo diplomáticamente. Envolví el arma en el periódico y la llevé, junto con la bolsa, hasta el baño de nuestra pieza, escondiéndolas detrás del inodoro. Me asecé en el lavamanos, hice lo mismo con los dientes y aproveché para orinar. Cuando tiré de la cadena recordé que el abuelo estaba dur-



miendo, pero ya era tarde. El ensordecedor estruendo, parecido a la puesta en marcha del motor de un Boeing 707, producido por la descarga del antiguo y defectuoso inodoro, lo despertó.

—¡Mujeres y niños primero! —vociferó, sentándose en la cama y mirando con ansiedad hacia todos lados.

—¡No se preocupe, señor! ¡Es el inodoro! —aclaré.

—¡Yo no soy comodoro! —gritó.

Yoyito lloró de la risa por el diálogo absurdo, pero el abuelo no se dio ni cuenta. Evidentemente, el ruido todavía era muy fuerte y no nos entendíamos bien. Le hice una seña con la mano para que esperara.

Unos minutos más tarde ya podíamos hablar, aunque todavía en un tono alto, porque no había desaparecido del todo el ruido de la descarga del averiado baño.

—Señor, ya investigué el cadáver y la escena del crimen —dije.

—¡¿Descubriste al asesino?! —saltó Yoyito interesado.

—Muy bien por ti, mi gusanito dulce y tiernito —y el abuelo se sacó de la boca un pelo suelto de su barba, el cual abandonó en la sábana sin siquiera mirarlo.

—No descubrí nada —expliqué algo desanimado—. Sólo había basura, sangre y moscas.

—Bueno, algo es algo, mi queridito niño hermoso. ¿Pero sabes a qué hora ocurrió el crimen,

no es cierto? —preguntó frunciendo el ceño y levantando un poco la cabeza.

—No, señor. No he pensado en eso todavía —respondí.

—¡Piensa! ¡Tienes que pensar, Ada! —intervino Yoyito—. ¿O quieres resolver el caso el día menos pensado?

Los dos rieron a carcajadas, chocando las palmas de sus manos.

—¡Váyapa! ¡Qué novato eres, angelito de dios de mi vida! —dijo el abuelo, secándose las lágrimas de la risa con el método de pasarse el antebrazo por los ojos—. ¡Ya te dije que lo primero que debes investigar es a qué hora ocurrió el hecho, chanchito gordito y noble de mi corral!

—Disculpe... ¡Ya sé cómo lo haré! ¡Voy a intentarlo! Déjenme pensar... Yo me acosté alrededor de la medianoche...

—¿Y cree que esa es una buena hora para acostarse un niño, juguete de mi corazón? ¿Y por qué tan tarde, a ver? —quiso saber el anciano, cruzándose de brazos, echando la cabeza hacia atrás y mostrándome sus abundantes pelos de la nariz en forma amenazadora.

—¡Porque estoy de vacaciones! ¡Y porque usted nos estaba contando su historia de cuando fue sepulturero en Marruecos! Y Yoyito se durmió, pero yo no. ¿No se acuerda?

—¡Cómo no me voy a acordar! ¡Mi memoria es perfecta! —aseguró—. Este ... ¿De qué estábamos hablando...?

Yoyito comenzó a reír, pero el abuelo no lo siguió esta vez, por lo que mi hermanito tuvo que cortar la risa.

—Le decía —continué yo—, que me acosté cerca de las doce de la noche y a Varita no la habían asesinado todavía, porque recuerdo que a esa hora saqué la basura y ella me siguió hasta la puerta del conventillo.

—¿Viva? —preguntó el abuelo.

—¡Claro, señor! ¡Yo sé la diferencia entre un gato vivo y su fantasma! —afirmé medio enojado.

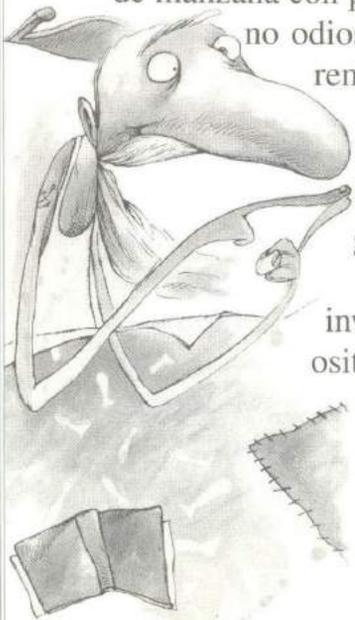
—¡Hey! ¡Pero si tú siempre me dices que los fantasmas no existen! —dijo Yoyito—. ¿Cómo vas a saber la diferencia?

—¡Los fantasmas no existen! —grité.

—Pero no te enojas, mi dulce de mermelada de manzana con pera —volvió el abuelo con su tono odioso—. En otra oportunidad hablaremos de los fantasmas, ¿de acuerdo, mi cosita linda del papá y de la mamá?

—De acuerdo —dije a regañadientes.

—Ahora sigamos con esta investigación. Debes aprender, mi osito de terciopelo azulito con perfumito de guagua, que en una investigación criminal es importante preguntarlo todo. ¡Recuerda que



hay que cuestionárselo todo! —remarcó la última frase, rascándose la barba una vez más—. Bueno, ¿entonces, qué más puedes deducir?

—Nada más, porque no sé a qué hora descubrieron el cadáver las dos señoras —le respondí.

—La vieja que vende melones llega todos los días a las seis de la mañana aquí, a la casa de su hermana, la que vende limones, mi cachorrito de dinosaurio plástico.

—¡Entonces, ya está! —salté—. ¡Varita murió entre las doce de la noche y las seis de la mañana!

—¡Bien! ¿Entonces fue a las diez para las dos de la madrugada, o a las cinco y cuarenta y tres? —dijo Yoyito, tocándose la barbilla y cerrando los ojos.

—¡No te hagas el gracioso! —exclamé.

—¡Me da la gana! —respondió.

—¡No es momento de peleas, muchachos! —intervino el abuelo—. Sigamos en lo que nos interesa—. Escuchen, ahora el próximo paso es hacer una lista de sospechosos.

—Se refiere a los que viven aquí en el conventillo, ¿no? —quise saber.

—¡Obvio! No harás una lista con todos los habitantes de la ciudad, ¿no? —soltó Yoyito, produciendo inmediatamente la risa de los dos.

—Así no puedo ni pensar, me voy —dije, y giré para marcharme.

—¡Espera, mi canario cantor y amarillito lindo! ¿Por qué tan serio, tan grave, mi tesorito es-

maltado? ¿Por qué no te relajas y te ríes con nosotros? —y mientras decía eso, estiraba una y otra vez sus brazos y piernas lo más posible. Al finalizar sus movimientos señaló hacia el ropero—. ¡Sigamos! Dale, ¡busca lápiz y papel!

Le obedecí. Evidentemente, el abuelo tenía interés en resolver el caso.

Me costó conseguir lo que me pedía entre la gran cantidad de cosas en desorden que encontré en los cajones.

Cuando al fin logré sacarle punta al lápiz con el cuchillo de la cocina y me senté a su lado en la cama, ya roncaba deliciosamente. Lo toqué en el brazo.

—¿Quién vive?! —gritó, incorporándose asustado.

—Soy yo, señor.

—¡Váyapa! —soltó su palabra de siempre y cambió enseguida al tono mimoso exagerado—. ¡Me vas a matar de un infarto, mi biberón de leche evaporada caliente! Dime, ¿qué deseas?

—Íbamos a ver los posibles sospechosos del asesinato.

—¿Cuál asesinato? ¿El de Kennedy? ¿El de Lennon? —preguntó

—¡¡El de la gata Varita, señor!! —me hice más el enojado de lo que estaba.

El abuelo y Yoyito comenzaron a reír escandalosamente. No tuve que simular estar enojado. Lo estaba de verdad.

—¡Está bien, mi compota de naranjita de mi patio! No te pongas así, cualquiera se equivoca.

—Bueno...

—Anota ahí... Entrando, a mano derecha, está la pieza del señor y la señora Zalabarreta. Después estamos nosotros y, a continuación, la pieza que no está arrendada.

—¿Puede dictar un poco más despacio, señor?

—¡Ya sé! ¡Búscate un lápiz que tenga tres velocidades! —se burló Yoyito, y de nuevo ambos rieron y chocaron palmas.

—No es culpa del lápiz —dije, y después me arrepentí—. Debo ser yo, que soy lento.

—¡Eso! ¡Tienes mucho talento, Ada! —siguió molestándome Yoyito—. «Ta' lento», hermano.

Rieron, como era de esperar. Yo sólo los miré bien serio. No hubiera podido hacer otra cosa. Y cuando se calmaron, el abuelo habló, pero su voz no se entendió mucho por las flemas.

—¡Ejem! ¿Les conté cuando hace años trabajé de secretario en Nueva Zelandia?

—¡No! —saltó mi hermanito demasiado entusiasmado—. ¡Cuente, señor!

—Pues en esa época no existían computadoras, sólo máquinas de escribir y yo usaba dos al mismo tiempo, una con los dedos de las manos y la otra con los dedos de los pies...

—¡Váyapa! —exclamó Yoyito.

—¡Esa palabra no es tuya! —lo regañé. Y me dirigí entonces a mi abuelo en tono seco y cor-

tante—. Señor, ¿podemos continuar con el listado, por favor?

—Está bien... —aceptó el abuelo, asintiendo mucho con la cabeza—. Anota: nos hace falta café, azúcar, arroz...

—¡El listado de sospechosos, señor! —volví a molestarme, aunque esta vez me entró una duda: ¿y si de verdad tenía la mente muy perdida en ese momento? Aunque, claro, aquello también podría ser el comienzo de una avalancha de chistecitos y mentiras; algo imposible de saber por la seriedad de su rostro. Y por supuesto, el que más gozaba con todo era el odioso de mi hermanito.

—¡Ah, pero no te enojés, mi pedacito de cachete sonrojado! —y al ver que me mantenía serio mirándolo, agregó—: Bueno, seguimos... entrando por la izquierda está la pieza de la vieja que vende limones, la de Patricia con sus cuatro hijos y, al fondo, la pieza de Tato.

—¿Y hacia atrás, señor? Sólo mencionó tres por cada lado.

—Al fondo sólo hay piezas inhabitables —respondió—, porque se les cayó parte del techo en la tormenta del año pasado, según me contaron.

—¡Hey! ¡Ahí voy a ir yo a revisar! —dijo mi hermanito, frotándose las manos.

—Sí, un día de estos vamos a ir a hurguetear por allá, Yoyito —le dijo el abuelo, y luego se dirigió a mí—. ¿Todo claro, chupete con azúcar de mi corazón confitado?



—Parece entonces que los sospechosos son Tato, Patricia y sus hijos, la anciana que vende limones y los Zalabarreta —concluí.

—Correcto, mi enanito peludito y hermoso. Pero elimina a los Zalabarreta, porque hace una semana que están en el otro lado de la ciudad, cuidando a una tía que tiene obstrucción intestinal, según me contaron.

—¡Obstrucción intestinal! —rió Yoyito apretándose el trasero—. Eso quiere decir que no...

—Eso mismo, Yoyito —lo corté—. No hace falta que expliques.

—¡Me da la gana! —gritó mi hermanito enfrentándome.

—Ya, no peleen por gusto —terció el abuelo una vez más.

—¿Entonces empiezo por Tato, señor? —dije para terminar con la conversación—. Es el más sospechoso por tener mayor aspecto de delincuente, ¿no es así?

—¡Un momento, Ádata Christie de mi alma! ¡No se debe juzgar a nadie por su aspecto! Además, ¡orden y concierto! Porque no se trata sólo de descubrir al asesino, también tengo que aprovechar de enseñarte lo que nosotros, los investigadores profesionales, llamamos «método». Por lo tanto, comenzarás desde la calle hacia adentro del conventillo, para llevar un orden, ¿de acuerdo?

—¿Entonces comienzo por la anciana que vende limones? —pregunté.

—¡No! ¡Con la que vende melones, bruto! —dijo Yoyito sólo para molestarte.

—Con las dos —dijo el abuelo—. Mira, mi nene de cunita graciosa, la vieja que vende melones también, porque aunque no vive aquí, estuvo en el lugar donde descubrieron el cadáver de la víctima.

—Está bien —entendí—. ¿Y qué debo hacer ahora?

—¡Irte! Sí, ¡vete de aquí y déjanos jugar! —gritó Yoyito, enrostrándome en la cara lo que dijo, a manera de provocación.

—¡En cualquier momento te voy a...! —exploté.

—¡Basta! ¡No quiero más peleas en esta casa! —se impuso el abuelo.

—Disculpe —sólo atiné a decir medio avergonzado.

—No te preocupes, mi cosita preciosa —dijo, cambiando radicalmente de entonación—. Mira, lo que se hace en estos casos es vigilar primero a los sospechosos y después entrevistarlos para ver qué información se les puedes sacar. ¿Entiendes, mi porotito verde tierno?

—¡Sí, claro! —respondí.

—Luego, si son culpables, tienes que averiguar el motivo —continuó el abuelo, mientras se rascaba una nalga por dentro del pijama—. ¡Descubrir el motivo de un asesinato es fundamental, queridísimo Ádata de mi cunita! ¿Te imaginas a un asesino sin motivo para matar?

—No, claro —contesté.

—Pues existen: los locos de verdad pueden matar sin motivo —añadió, abriendo mucho los ojos como para provocarnos miedo.

—Por eso los locos, al no tener conciencia de lo que hacen, si son acusados en un juicio pueden salir libres, ¿no es cierto, señor? —recordé varias películas en que sucedía eso.

—No —me respondió con rapidez, mirando a Yoyito más que a mí—, porque como son locos, son gente que «ha perdido el juicio».

Ambos rieron exageradamente como siempre —aunque me imagino que Yoyito por gusto, ya que no creo que haya entendido el chiste.

—Bueno, ¿usted me va a acompañar? —le pregunté cuando la risotada concluyó.

—Lo siento, mi querubín de mis cielos azules, pero me quedaré para pensar en una idea que me vino a la mente —entonces se echó hacia atrás y comenzó a roncar antes de que su cabeza llegara a la almohada. Aunque me imagino que Yoyito lo despertará enseguida, porque ese monstruo no soporta estar ni dos minutos sin jugar.



En búsqueda de un móvil

Si algo me desespera y me pone nervioso, son los ronquidos del abuelo. No puedo acostumbrarme a ellos. Por eso me alegré mucho cuando un día del año pasado él decidió irse de nuestra casa y arrendar una pieza con el dinero de su pensión para vivir independientemente. Argumentó estar cansado de molestar a los demás, y a pesar de los ruegos de mis padres, se vino a este conventillo.

Como en esa época compartíamos la misma habitación él, Yoyito y yo, con su partida quedé feliz con tanto espacio para mí solo, al fin sin tener que ver ni escuchar sus mañas, locuras y ronquidos. Pero la alegría me duró poco. Como salimos de vacaciones, mis padres nos mandaron a acompañarlo por unos días. Y este año de nuevo sucedió lo mismo.

Por eso estábamos en el conventillo. Y por eso estaba ahora caminando por el corredor principal, escuchando los horribles gritos y llantos de los hijos de Patricia y oliendo los desagradables perfumes que emanaban de las rejillas de las alcantariillas, las que desembocaban en el colector principal de la calle. Peligrosa calle en peligroso barrio.

Iba a estudiar cómo vigilar a las ancianas, pero decidí limpiar la escena del crimen. Pero no tanto por sanidad, sino porque Varita se lo merecía. Llevaba mucho tiempo expuesta.

Enseguida regresé y busqué en la casa un saco (sin cerrar la puerta ni tirar de la cadena del baño, claro). Por suerte el abuelo, concentrado jugando con Yoyito, no se dio cuenta de mi trajín con el cadáver.

Metí en el saco el cuerpo sin vida de Varita. Llevé el bulto hasta la calle y esperé al camión recolector de basura. Me di cuenta de que, como siempre, los basureros estaban atrasados en su recorrido.

Un buen rato después, pasaron.

El funeral de Varita fue emotivo. Varios transeúntes me dieron el pésame. Incluso uno de los basureros dijo unas sentidas palabras antes de echarla en el camión, pero ahora no las puedo repetir, porque las dijo como refunfuñando. Caminé casi una cuadra detrás de aquel especial coche fúnebre. Esa despedida era lo menos que se merecía aquella hosca y pendenciera, aunque para mí, simpática gata. Hubiera querido enterrarla, pero no tenía dónde hacerlo. «Hacerle justicia es más importante que un buen entierro», me consolé.

Entonces me situé en la acera, frente a la puerta del conventillo, para desde ahí vigilar a las ancianas. No había mucha gente transitando y el bar de enfrente estaba cerrado. Comencé a disimu-

lar mi vigilancia jugando con un trompo de Yoyito que había traído en el bolsillo.

Recordé la lista de sospechosos y me puse a pensar: ¿cuál de ellos tendría motivos para matar de esa manera a Varita? Una gata que yo había recogido en las vacaciones pasadas cuando un auto la atropelló al cruzar la calle. Una gata a la que le había tratado de quitar la sarna, sin lograrlo, con tanto asco y cariño. Una gata que todos alimentaban por inspirar mucha lástima y repulsión al mismo tiempo, pero también porque desde que llegó, según mi abuelo, nunca más habían tenido que llevar a un hospital a un hijo de Patricia mordido por un ratón.

—¡Hey, chiquillo, ven acá! —interrumpió mis pensamientos un hombre, al parecer salido del bar de enfrente, porque ahora se veía la puerta abierta.

Era un tipo atlético, como de unos treinta años. Lucía una camisa apretada, un peinado militar y una cicatriz en su frente.

Recogí mi trompo y crucé la calle lo más rápido posible.

—Diga usted —le dije.

—Mira, acabo de salir de ahí —y me señaló el interior del bar—, y no puedo regresar a buscar un paquete que se me quedó encima del mostrador.

—¿Por qué? —pregunté sin entender.

—¿Cómo que por qué?! ¡Nadie puede salir de un lugar y volver a entrar, así seguido! ¿Te imaginas la mala suerte que trae hacer eso?



—No lo sabía, señor.

—Pues deberías saberlo. ¡Ojalá que a mí no se me olvide nunca!

Y diciendo eso, se dio un beso en los nudillos de la mano y golpeó con ellos tres veces en la puerta.

—¡Toco madera para que no me suceda nunca! —me explicó—. Y si tú no me traes eso, tendré que romper toda la fachada, quemar el bar o algo así.

—¿No hay otra forma menos violenta de resolverlo, señor?

—¡No! ¡Sólo que tú entres y lo traigas, de lo contrario, soy capaz de cualquier cosa con tal de no provocarme mala suerte! ¡Eso es muy importante en la vida, muchacho!... ¿Vas a ir a buscármelo o no?

—¡Ya voy, señor!

Apurado, para evitar cualquier disparate de aquel loco, entré a «El Castillo», que era el nombre de aquella cantina. Seis o siete mesas con bancos como asientos, todo bien rústico, y una barra delante de una repisa, también de madera, con muchas botellas, jarros y vasos de cerámica, componían el lugar. Para justificar más el nombre, además de la fachada simulando un castillo medieval, con almenas y todo, para ambientar habían colgado en las paredes interiores hachas, lanzas, ballestas, arcos, flechas, escudos, mazas, dagas, gruesas cadenas y otros adornos de la época. Un olor a humedad mezclado con tabaco me provocó arcadas.

Tomé el paquete y corrí a entregárselo al hombre que me esperaba en la acera. Casi sin mirarlo, para que no me pidiera otro favor, se lo alcancé con una mano.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza, chiquillo?!

—¿Qué... qué hice ahora, señor? —dije, encogiéndome de hombros.

—¿No sabes acaso que la sal no se pasa directamente, porque trae mala suerte?! ¡¿Qué te han enseñado a ti tus padres y tus maestros?! ¡¿Cómo no saber que la sal no se entrega en la mano?!

—No tenía idea de que eso fuera malo. Además, yo no sabía lo que era, señor.

—¿No la tocaste acaso?

—Pero podría ser azúcar, detergente, ¡qué sé yo!

—Mira, déjala ahí en el suelo y vete. Dale, ¡piérdete!

¡No podía creer aquello! ¡Ni las gracias me dio el hombre! ¡Para la próxima no le alcanzo ni un vaso de agua, aunque me lo pida de rodillas...! ¡Sal, ni sal...!

Regresé a continuar disimulando con mi trompo para vigilar a las viejas. Pero me quedé incómodo con aquel hombre desagradecido y me puse a pensar en cómo sería este mundo si todos fuéramos como él.

La entrada de una mujer al conventillo con un carnerito en sus brazos interrumpió mis pensamientos esta vez. La seguí con la vista y vi que se

detenía junto a la anciana que vendía limones, la cual estaba parada con su hermana frente a su pieza, ambas con sendas cestas llenas de sus respectivos productos.

La anciana que vendía limones y la mujer del carnerito desaparecieron de mi vista.

Continué jugando, pero sin dejar de vigilar; es decir, con un ojo en el trompo y otro en la señora que vendía melones. Con el esfuerzo para poder mirar hacia los dos lados, los ojos me ardían y de vez en cuando tenía que cerrarlos, me daba susto quedar medio bizco como el abuelo.

Al rato, salió la mujer de la pieza con el carnerito muerto en sus brazos. ¡Era evidente que había descubierto a la asesina de Varita, a la homicida de animales!

Estaba anonadado. Mintieron al decirnos que habían descubierto el cadáver.

Por eso nos espiaban en nuestras conversaciones y se enteraron de que yo era Ádata Christie.

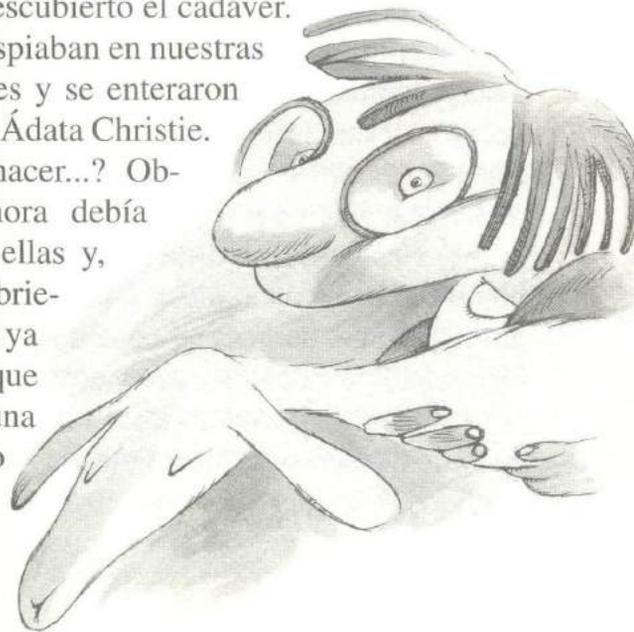
Pero, ¿qué hacer...? Obviamente, ahora debía acercarme a ellas y,

sin que descubrieran lo que yo ya

sabía, tenía que

sacarles una confesión o

hacerme de



una prueba contundente. Enfrentarme a ellas con mucho tacto e inteligencia iba a ser mi estrategia, porque si me pillaban podrían arponearme también.

Al imaginarme la herida del arpón en mi espalda, entrando a cuarenta y cinco grados, me sentí invadido por un escalofrío que recorrió toda mi columna vertebral. ¿Mi columna llegaría hasta las piernas? Porque hasta ahí sentí el estremecimiento, y estas comenzaron a temblar como si tuviera el mal de Parkinson en ellas.

Quise disimular, manteniendo mi supuesto jueguito, pero lamentablemente los nervios me traicionaron y al lanzar el trompo se lo encajé en el talón a la mujer del carnerito, quien dio un desmedido chillido de susto mezclado con dolor. Las ancianas que vendían limones y melones llegaron corriendo en su ayuda y diez o quince personas más, salidas de otros conventillos y rincones de la cuadra.

No sabía qué hacer. Y menos qué responder a las preguntas que me hacían: «¿Cómo se te ocurre hacer eso, chiquillo malcriado?». «¿Por qué lo hiciste, aprendiz de delincuente?». «¿No te han dicho nunca que eres un peligro para la humanidad?».

Por suerte, se dieron cuenta de que el trompo no se encajó en el pie, sino en el zapato, y enseguida la mujer se marchó cojeando un poco y maldiciendo en mi contra a pesar de mis disculpas.

Esperé un rato hasta controlarme y que pasaran los efectos del incidente en los curiosos allí reunidos. Después de la reconstrucción de los he-

chos y la misteriosa desaparición del trompo de Yoyito, los juicios críticos en mi contra se calmaron. Al irse todos, me dirigí hacia las ancianas, que ya estaban instaladas de nuevo delante de sus cestas.

—¡Deberías estar en un correccional de menores! —dijo la que vendía limones al acercarme.

—¡Yo misma se lo voy a decir a tu decrépito abuelo! —dijo la que vendía melones.

Aquellos comentarios me dolieron, ya que el abuelo no tenía por qué enterarse. Además, fue un accidente y no fue para tanto. Sentí que la ira me subía a la cabeza.

—¡Muy bien! ¡Díganselo! ¡Pero yo le diré a él y a la policía que eso de vender limones y melones es sólo una fachada, porque detrás de eso, ustedes se dedican al crimen organizado! —solté de un tirón.

—¿Pero qué dice este muchacho loco? —se asombró la vieja que vendía melones.

—Un momento —dijo la hermana riéndose con burla—. ¿Por qué dice eso el famoso detective Ádata?

—¡Porque fueron ustedes las que asesinaron a Varita! —exclamé con aún más molestia por la ironía en su entonación—. ¡Y también las que acaban de matar al carnerito de la mujer a la que le di el trompazo!

—Mira, muchacho, nosotros somos incapaces de matar una mosca y menos a una gata conocida, por muy pesada que fuera —explicó la que vendía melones.

—Oye, chiquillo, para que lo anotes en tu investigación, nosotras tenemos que ganarnos la vida, porque la jubilación y la venta de frutas no nos alcanza. Entonces, como somos matronas retiradas y sabemos de esas cosas, nos dedicamos a castrar a las mascotas cuyos dueños no quieren que se reproduzcan —dijo la que vendía limones, con paciencia y paternalismo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué salió muerto ese carnerito? ¿Le castraron la vida acaso? —ironicé.

—Ese cachorro de carnero iba anestesiado, para que no le doliera la operación ambulatoria —me respondió la que vendía melones.

Sin duda, había hecho un papelazo. Sentí vergüenza. Era un detective fracasado, un perdedor. Creo que se me aguaron los ojos o puse alguna otra expresión que delataba mis emociones, porque la anciana que vendía limones se dirigió a mí en un tono cariñoso:

—Mira, hijo, si de verdad quieres averiguar quién mató a Varita, habla con Patricia.

—¿Por qué dice eso?

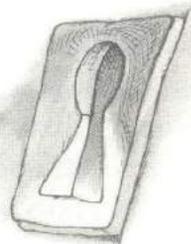
—Porque, de un tiempo a esta parte, Patricia no dejaba a esa gata ni acercarse a su puerta: desde que en una ocasión se le coló en la casa y se comió el fricasé de pollo en conserva que les iba a servir a sus hijos...

Me dirigí a la casa de mi abuelo alicaído y desilusionado. Las ancianas comenzaron entonces a hacerme gestos con sus manos, señalándome la

pieza de Patricia, pero no les hice caso. Incluso aquello me molestó. Tenía la esperanza de resolver una investigación policial yo solo, y ahora esas ancianas me daban en bandeja a la culpable, incluyendo hasta el móvil del asesinato.

Sin duda, era un fracaso como detective. Primero el fiasco al pensar que fueron las ancianas y ahora esto. En resumidas cuentas, era un inepto, un inútil, un incapaz, un tonto y un cretino como detective.

Esta vez cerré la puerta al entrar, pero quedó abierta. Entonces la empujé con toda mi fuerza (sólo así se cerraba) y la fachada se estremeció tanto que comenzaron a caer restos de la última capa de pintura.



—¡Váyapa! ¡Ya te iba a llamar, mi cachorrito de peluche blanco! —me dijo el abuelo—. Prepara la mesa tú, que eres más alto, mi cabello de ángel. ¿Y qué te pasó? Sabes que la hora de comida es sagrada en esta casa y hay que respetarla. ¿Verdad, mi pedacito de zanahoria dulce?

Parado frente a la cocina, Moisés le daba los últimos toques al almuerzo, que le encantaba preparar antes de la doce del día. Quizás fuera a causa de mi pésimo estado de ánimo, pero encontré desastroso el aspecto de mi abuelo. Llevaba una camiseta con agujeros que no le llegaba a tapar el ombligo. El pantalón, sin cinturón, se sostenía a duras penas, dejando al descubierto una zona mucho más abajo de la espalda, porque también los calzoncillos estaban medio sueltos. Sus anchos zapatos con los cordones desabrochados y usados como chancletas, no le combinaban con la solemnidad que siempre ha querido producir con su barba.

—¡Dale, a trabajar! —me gritó mi hermanito desde la cama.

No le hice caso y, metido en mis sombríos pensamientos, comencé a poner el mantel, los platos y los cubiertos en la mesa, pero la voz en tono alto del abuelo me distrajo.

—¿Les conté alguna vez sobre mi hazaña culinaria en Paraguay?

—¡¡Nooo!! ¡Cuéntelo! —enseguida se entusias mó Yoyito.

—Pues resulta que quise romper un récord y entrar en el Libro Guineo.

—¡Guinness! —le rectificó con cierta severidad—. ¡Se dice el libro Guinness!

—¡Eso, mi gota de rocío en la flor de mi corazón! —dijo sin importarle mi tono cargado de enojo, mientras servía el almuerzo—. Me propuse hacer la tostada con mantequilla más grande del mundo. Compré miles de paquetes de pan de molde y con las rebanadas tostadas fui cubriendo el terreno de un estadio de fútbol. Como ese día había un partido programado, aproveché y les puse mantequilla por debajo a los zapatos de los jugadores, para que fueran untando el pan mientras corrían detrás de la pelota... ¿Crees que me homologaron el récord?

—¡Sííí! —vociferó Yoyito

—No —dije secamente yo.

—Parece que no te importa mi hazaña, ¿eh, mi estuchito de cariños?

Si le respondía que no me interesaban en lo más mínimo sus exageraciones y mentiras, se podía ofender, así es que opté por callarme.

—Está bien, vamos, ¡sentémonos! Comeremos en silencio como dictan las normas de buena conducta y urbanidad —concluyó.

Lo primero que hizo fue llevarse a la boca un pedazo de pan. Lo masticó unos segundos y enseguida rompió el silencio que él mismo había pedido. No fue sorpresa para mí, porque ya sea por su mente algo perdida, o por el abandono progresivo en los últimos años de la buena educación, sabía que era imposible que no hablara con la boca llena.

—¡Váyapa! ¡Este pan es de piedra!

Lo miré y me di cuenta de su problema. Por supuesto, era imposible saber si lo había hecho adrede o no.

—Señor, no se ha puesto la dentadura postiza —dije.

—¡Verdad que sí!

La buscó dentro de la taza de café con leche y la trajo a la mesa. Entonces, mojó la dentadura en el pote de mayonesa, se la puso y volvió a morder el pan.

—¿Por qué no puede ponerle mayonesa al pan como todo el mundo, señor? —dije molesto.

—¡Porque así es más sabroso, mi repollito con aceite de oliva!



—¡Seguro que sí! —lo apoyó Yoyito y ambos rieron.

—Yo veo que las personas que tienen dentaduras postizas nunca se las sacan de la boca —continué en el mismo tono.

—Si no lo hacen es porque son tontos, mi querubín! —respondió, aunque apenas se le entendía por tener la boca llena.

—O... o... o... ¡O no les gusta el pan con mayonesa! —exclamó Yoyito, y una vez más chocaron sus palmas entre carcajadas.

El abuelo tragó al fin cuando dejó de reír, y después de pasarse la lengua varias veces por la prótesis, se la sacó otra vez y comenzó a mostrármela como en un comercial de televisión.

—¡Mírala, mi almohadita de algodón y terciopelo! ¿No ves en ella la forma de una sonrisa de oreja a oreja? —y separando con su dedo las dos hileras de dientes, insistió—. ¡Mírala! ¿No te da la impresión ahora de que ríe a carcajadas? Pues eso es lo que veo cada vez que la tengo en mi mano. Y me alegra saber que a pesar de mi edad todavía puedo sacar risas de mi interior. ¿Qué daño le hago a la gente con eso, mi cucuruchito de maní tostado?

Quizás era otro chiste suyo, sin embargo, hubo algo en sus palabras que me hizo sentido. Entonces, me sentí molesto conmigo por criticarlo.

—Disculpe, señor. ¡No me haga mucho caso!

—¡Hey! ¿Y a mí no me pedirás disculpas, mi cochita linda y prechiocha? —se burló Yoyito.

Rieron y se palmearon, como siempre.

—Eres muy cómico Yoyito —le dijo el abuelo, y después se dirigió a mí—: No te enojés, mi arcoíris musical, son bromas inocentes que te hace tu hermano, porque sabe que en vez de reírte, te molesta. Y sabes que le quedó muy graciosa la imitación que me hizo, ¿no es cierto, mi osito de lana?

Asentí con la cabeza, sonreí a la fuerza y bajé los ojos para concentrarme en la comida. Ante mí, además de pan, tenía un plato de arroz con un huevo frito y un vaso de limonada. Se veía tentador, pero no me apetecía nada. El abuelo comenzó a comer, masticando una gran cucharada. Enseguida una lluvia de comida salió disparada de su boca. Yoyito y yo nos agachamos para evadirla.

—¡Váyapa! ¡Este huevo salió de una gallina diabética!

Tomó un sorbo de la limonada para quitarse el dulzor, pero el líquido también salió disparado como un potente *spray* de su boca. Esta vez no logramos evadir nada.

—¡Estos limones los regaron con agua de mar! —exclamó el abuelo.

—¡¡Sí!! —saltó Yoyito, probando la limonada y poniendo una expresión de asco.

¡Me había salvado de casualidad al no comer! Porque, como casi siempre sucedía cuando el abuelo cocinaba, confundía las cosas y esta vez le había echado azúcar al huevo y sal a la limonada.

Pero, a pesar de mi mal humor, me dio lástima y traté de calmarlo.

—No se preocupe, señor, el arroz con mayonesa y pan es exquisito.

Al parecer se tranquilizó y se dispuso a comer.

—¡Oiga! ¡Esto no hay quien se lo coma! —insistió Yoyito.

—Vamos a pedir pizza —dijo el abuelo con tono triste.

—¡Eeeeh! —se paró en la silla mi hermanito a festejar.

Observé la decepción del abuelo y me di cuenta de algo.

—Señor, le quedó un grano de arroz... —le señalé la barba.

Comenzó a hurguetear dentro de los pelos, pero el granito de arroz permaneció adherido a la barba como si lo hubieran untado con pegamento.

—¿Ya, mi ramito de albahaca? —preguntó, acercándose más su cara.

—No —le dije, desviando rápido la mirada. Se la sacudió un rato con las dos manos.

—¿Ya, mi pedacito de durazno?

—No —dije.

Entonces agarró el mantel y se lo frotó con vigor por toda la barba más de diez veces seguidas.

—¿Ya, mi cascabelito?

—Sí —le mentí para no avergonzarlo, pero sin ocultar cierto asco. El grano de arroz se había instalado en una de sus cejas.

Moisés buscó el teléfono para pedir la pizza y mi hermanito fue de nuevo a la cama. Yo volví a mi mutismo, pensando en la mala suerte que me había tocado vivir. No me era fácil soportar las mañas, los ronquidos y las mentiras de mi abuelo. Además, en vez de estar disfrutando las vacaciones y jugando con mis amigos, me encontraba aquí, en un triste conventillo, acompañando a un anciano medio perdido y mal educado, y a un monstruo odioso y pesado como mi hermanito. Y para colmo, cuando pensé en entretenerme investigando el crimen de Varita, comprobé que soy un pésimo detective.

—¿Qué te pasa, mi conejito de maravillas? —rompió el silencio, dejando el celular sobre la mesa y poniéndose un tenedor detrás de la oreja, como hacen muchos verduleros con sus lápices, y me miró a los ojos; o eso supuse, ya que con su estrabismo era difícil saberlo.

—Nada —respondí, esquivando la vista.

—¡Váyapa! ¡Te conozco! ¡A ti te pasa algo, mi cancioncita de cuna!

—¡Que soy un estúpido! ¡Un bruto! ¡Un bueno para nada! —exploté.

—¡Eso! ¡Y no lo dije yo! —gritó Yoyito desde la cama. Comenzó con sus carcajadas, pero el abuelo lo detuvo con un gesto de su mano.

—A ver, ¿por qué dices eso, mi pomponcito de azahar? —se inclinó hacia atrás en su silla, acomodándose, mientras se rascaba la axila—. ¡Cuéntame!

Le relaté mi accidente y equivocación con las ancianas y su información de que Patricia era la asesina.

—Es que todo parecía obvio y me dejé llevar. Y para colmo, ya sabemos quién fue. ¡Nunca seré detective! ¡Soy un infeliz!

Se escuchó una carcajada burlona de mi hermanito.

—Pero eso es normal que te suceda, mi galletita de avena con chocolate. ¡Estás aprendiendo una profesión muy compleja! Entonces, ¿qué lección puedes sacar de esto?

—¡Que soy un fracasado! —grité histérico y repetí—: ¡Que soy un fracasado! ¡Que soy un fracasado!

—¡Y yo soy un anciano! —gritó enseguida, imitándome—. ¡Y soy un anciano!

—¡Y yo soy un imbécil! —traté de superarlo.

—¡Sííí! ¡Eres un imbécil, jaaaaa! —vociferó Yoyito.

—¡Y yo soy un mentiroso! —siguió el abuelo.

—¡Y yo soy un tonto! —seguí yo.

—¡Sííí!! ¡Eres un tonto, jaaaaa! —chilló de nuevo Yoyito.

—¡Y yo soy un pedorrero! —continuó el abuelo—. ¡Te gané!

—¡Sííí! ¡Es cierto, jaaaaa! —relinchó feliz Yoyito.

Fue tan rápido el intercambio, que me sorprendió todo ese disparate y me hizo reír.

—¿Ves, mi guagüita enojona? Sólo tenías que descargar tus emociones. Pero ahora dime, te repito, ¿qué lección aprendiste de todo esto, mi tesoro de barco pirata?

—¡No sé, señor, dígamelo usted, por favor! —respondí.

—¡Váyapa! Lo principal es que las apariencias engañan, porque en este trabajo uno no puede creer en la primera solución que surja, y menos si esta es fácil. ¿Entendido, mi cangrejito de playa?

—Entendido —dije.

—¡Jaaaa! ¡Mi cangrejito de playa! —se burló mi hermano.

—Un segundo, mi Yoyito —lo cortó con delicadeza el abuelo, y se dirigió a mí—. Ahora vas a seguir investigando, porque cada vez te acercas más a la solución del enigma, mi cajita de música.

—¿Usted cree, señor? —dije.

—¡Claro! —siguió él—. Te quedan sólo dos sospechosos: Patricia y Tato, ¿no es cierto, mi turroncito de maní confitado?

—Si usted lo dice...

—respondí.

—Que las viejas te hayan dicho que fue Patricia no significa nada. Pueden estar equivocadas. ¡Hay que cuestionarlo todo en esta profesión!



¡Recuerda siempre eso, mi heladito de vainilla con coco glacé! —concluyó el abuelo.

Me volvió el alma al cuerpo. Él tenía razón: aunque me equivoqué sospechando de las ancianas, lo cierto es que ya estaban descartadas y debía hacer lo mismo con Patricia y Tato. Pensándolo de esa forma, mi error no tenía importancia. «¡Ojalá que no haya sido Patricia, para poder descubrirlo yo solo!», me dije.

Me emocioné. El abuelo se había portado de maravillas conmigo. Me dieron ganas de besarlo y abrazarlo. Supongo que él también lo sintió, porque, mirándonos, nos pusimos de pie al unísono. Sin embargo, en el último instante nos detuvimos. Él mismo me repetía siempre que los hombres no lloraban ni se dejaban llevar por arranques de sentimentalismo. Por eso no lo abracé ni besé... Bueno, por eso y porque no se había quitado el grano de arroz de su ceja. Además, en ese mismo instante Yoyito se dio cuenta de lo que sentía y el muy celoso lo tironeó hasta sentarlo y se le subió encima.

A pesar de lo que hizo el pesado de mi hermanito, el abuelo estaba a punto de decirme algo, cuando de pronto fue interrumpido por un ruidito muy singular. Era como cuando uno raspa una madera con las uñas. Buscamos por todos lados, hasta que descubrimos que el sonido venía de la puerta. Despacio y en silencio, los tres fuimos hasta allí y la abrimos de un golpe. Al principio no vimos nada, pero al bajar nuestras miradas encontramos a

un cachorro de perro sin raza definida, que con sus patitas arañaba la puerta.

Me agaché para cargarlo.

—¡¡Nolotoquesmío!! —chilló la voz de un niño con cara sucia y sin zapatos, que apareció de repente.

—Es uno de los hijos de Patricia —me susurró el abuelo.

—¿Y qué hago? —pregunté en igual tono.

—¡Regáñalo, amenázalo y quítale el perro! —propuso Yoyito.

—¡Váyapa! ¡Aprovecha e investiga, mi sastrecillo valiente! —dijo el abuelo, empujándome hacia afuera y cerrando la puerta con fuerza (como había que hacerlo).



Indagando una coartada

—Hola, ¿cuál es tu nombre? —le pregunté al pequeño con una falsa sonrisa en mi cara.

En esos días de acompañante de mi abuelo, pocas veces había salido de la pieza. Escuchando sus historias de países lejanos o jugando con Yoyito a «las carreras de chinches», «al salivazo atómico» y otros juegos inventados por él, me mantuve encerrado casi todo el tiempo, por lo que nunca tuve la posibilidad de relacionarme con los hijos de Patricia ni con el resto de los vecinos (aunque a los niños sí los había oído llorar y gritar, por supuesto).

—Esbastiánlopelaraytengotreaños —dijo de memoria y con la boca casi cerrada.

—Hola, Bastián.

—Esbastián...

—Sí, ya sé... ¡Ah, es Sebastián! —dije, comprendiendo de pronto su jergonza.

—Esbastiánlopelaraytengotreaños.

—¡Así que ese perrito es tuyo! —pregunté, subrayando el tono de admiración.

—¡Esmíoesmío!

—Sí, es tuyo. ¡Y qué lindo está! —me acerqué para acariciarlo—. ¿Cómo le pusiste?

—¿Qué?

—El nombre...

—Esbastiánlopelaraytengotreaños.

—No, te preguntaba por el nombre del perrito.

—¡Esmío!

—Sí, ya sé que es tuyo —respondí con mucha paciencia.

—¡Melodiamamá!

—¡Ah, qué bueno! —no se me ocurría qué otra cosa decirle para agradarle y hacerme su amiguito. Los niños a esa edad son muy tiernos y cómicos, pero muy insoportables también.

—¿Y cuándo te lo regaló tu mamá?

—Mañana.

—¡Ah!

—¡Sebastián! ¡Entra ahora mismo! ¡Te dije que no te quiero ver fuera de la casa! —rugió una mujer casi sin hombros, como si de su cuello salieran los brazos, desde la puerta de la pieza de enfrente, con expresión molesta y un bebé en sus brazos—. ¡Voy a matar a ese animal si vuelves a dejarlo salir!

El niño, aterrorizado, corrió enseguida hacia la pieza, arrastrando a su perrito por una pata, lo que hizo que chillara bastante.

—¡Y tú, muchacho, ven acá! —me ordenó con su vozarrón.

Me pareció muy desagradable su tono y el trato que le dio al niño. En otra ocasión no le hu-

biera hecho caso y hubiera huido, pero como tenía la misión de investigarla, a pesar de desear que fuera inocente, obedecí y me acerqué.

—Diga usted, señora.

—¡Tengo que ir a comprar comida! —gritó— ¡Quédate aquí un rato cuidándome a los niños! ¡Toma!

Y sin otra explicación, me pasó al bebé y salió disparada hacia la calle.

Nunca me había encontrado en una situación semejante, por lo tanto, no tenía la menor idea de cómo actuar en esos casos.

Lo primero que hice fue cerrar la puerta con el pie para no soltar a la criatura. Con una mano en la cabecita y la otra en las nalgas, la apreté contra mi pecho para asegurarme de no dejarla caer con algún movimiento que hiciera.

Seguí a Sebastián y su perro hasta el dormitorio y allí me salió al paso un niño como de cinco años.

—Hola, ¿cómo te llamas? —era la única pregunta que se me ocurría en esos casos.

—Yo soy Bastián —me respondió.

—¡Vaya! ¡Bastián y Sebastián! —comenté, buscando rápidamente una gracia en mi mente—. ¡Los hermanitos Tián!

—Esbastiánlopelaraytengotreaños —intervino el menor.

—Los hermanos Bastián y Sebastián Lope-lara, ¿no? —intenté mantener la conversación.

—Es López Lara.

—¡Ah, disculpa! Es que no entendí bien a tu hermano.

—¡Y yo ahora soy ninja! —gritó de pronto Bastián, y se colocó una media negra de mujer en la cabeza con un hoyo rectangular en la parte de sus ojos.

—¡Y yo! —lo siguió Sebastián, subiéndose la parte de adelante de su polera para cubrirse la cabeza.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté al menor para seguirle el juego.

—Esbastiánlopelaraytengotreaños —me respondió muy serio, quitándose la tela de la cara.

Supé que no iba a ser nada fácil mi estancia allí. Eso de cuidar niños

era muy complicado.

¡Y lo sé muy bien, ya que me han obligado a cuidar a Yoyito desde que nació!

De repente, Bastián comenzó a hacerme una demostración de sus habilidades, realizando frente a mí unos poco rigurosos movimientos de kárate y kung-fu. Acto seguido, saltó en el aire dándome la espalda y ejecutó una dificultosa —para él—



vuelta de carnero en el suelo. Recibió un pequeño golpe en la cabeza al final de su ejercicio y se retiró inmediatamente hacia el baño, supongo que avergonzado.

Escuché unos ruidos provenientes del milimétrico patio y hasta allá fui con el bebé en mis brazos, comprobando antes que Sebastián estaba entretenido peinando a su perrito.

Se trataba de una niña de mi edad, con trenzas y ojos negros, que lavaba a mano unos pañales en el lavadero.

—Hola —dije—. Soy Ada, Adalberto. ¿Y tú?

—Sebastiana.

Me sorprendió la poca imaginación de aquellos padres. Sin embargo, ese nombre le iba bien a aquella niña, no sé por qué.

Ella dejó lo que estaba haciendo y acomodó al bebé en mis brazos, ya que tenía la cara algo apretada contra mi pecho.

—Tú mamá me dejó cuidando a los niños.

—Ella no es mi mamá. Mi madre trabaja a esta hora y le paga a esa vecina que vive a tres casas de aquí por esta acera para cuidarnos, pero en realidad es muy pesada y no nos cuida mucho.

—Sí, es muy pesada. Me dijo que iba a buscar algo y venía enseguida.

La vi tan buena gente que decidí ir directo al grano.

—Estoy investigando el asesinato de Varita.

—Sí, me enteré de que había aparecido muerta —contestó sin dejar de lavar.

—¿Sospechas quién pudo haber sido? —la interrogué a boca de jarro.

Negó con su cabeza, sin mirarme.

—¿Y podrías decirme qué hizo tu mamá de doce de la noche a seis de la mañana del día de hoy?

Quizás fui demasiado directo, pero todavía me rebotaba en la mente la acusación de las ancianas. Yo rezaba para que no fuera ella la asesina, pero la cosa no pintaba bien.

—No sé lo que ella pudo haber estado haciendo a esas horas.

—¿Por qué?

Sebastiana me miró pero no pudo responderme: en ese momento oímos los ladridos del perro y los chillidos de Sebastián; o los ladridos de Sebastián y los chillidos del perro, no se podía distinguir bien.

Asustado, fui lo más rápido que pude hacia el dormitorio y allí vi al niño corriendo por toda la pieza con el perrito detrás, en una juguetona persecución. Acostumbrada a esas falsas alarmas, Sebastiana no se movió del patiecito.

En ese instante sentí otro grito, pero esta vez de guerra, proveniente del rincón donde estaba la cómoda. Detrás de uno de los cajones abiertos se encontraba el ninja Bastián, que haciendo efectos de sonido con la boca, comenzaba a lanzarme sus estrellitas de acero, esas armas mortales de los antiguos guerreros japoneses, que en este caso eran

lápices labiales, polveras, pinturas de ojos, carretes de hilo, una pulsera falsa y otros objetos.

Al cubrir al bebé para que no fuera alcanzado por los proyectiles, mi espalda se convirtió en un blanco perfecto.

Entonces, cuando se le acabaron las municiones, el ninja hizo otro efecto de sonido con la boca y se metió de inmediato debajo de la cama, en una acción defensiva, supongo.

E hizo bien, porque había decidido soltar al bebé y devolverle todos esos objetos por la cabeza. Sin embargo no lo hice, porque de pronto sentí un calorcito en mi pecho que fue corriendo hacia abajo. Separé un poco a la criatura de mi cuerpo y comprobé que me había mojado. Lo miré molesto y me devolvió una sonrisa como si lo hubiera hecho adrede y lo disfrutara. Del odio pasé enseguida al asco, porque me llegó el fétido olor proveniente del pañal.

Llamé a Sebastiana para que me ayudara, porque de ninguna forma iba a asearlo y cambiarlo, aunque me pagaran un millón de dólares, una bicicleta y unas entradas para ver al Real Madrid contra el Barcelona.

La niña, experta en esos asuntos, en un dos por tres lo lavó y comenzó a ponerle un nuevo pañal de tela, ya lavado y planchado.

Mientras lo hacía, aproveché para continuar el interrogatorio, ya que el ambiente estaba en relativa calma.



—Te había preguntado algo, Sebastiana.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué no sabes lo que hizo tu madre de doce de la noche a seis de la mañana?

—Porque mi madre regresó muy tarde.

—¿Sí?

—Sí. Mi padre la vino a buscar anoche para llevarla a comer.

—¿Tú padre no vive aquí?

—No. Ellos están separados.

—¿Separados y fueron juntos a comer?
¿Cómo es eso?

—No sé. Ellos son así. Cuando viven juntos se pelean siempre y cuando están separados se la pasan juntos.

Pensé en mis padres y me alegré de que fueran una pareja de personas normales.

—Bueno, ¿y a qué hora regresó ella?

—No lo sé exactamente, pero antes de las seis.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando ella llegó me desperté y un rato después escuché el grito de la señora que vende limones y su hermana, cuando descubrieron al gato.

—Sebastiana, disculpa, pero te lo tengo que preguntar: ¿tú crees que tu mamá lo hizo?

—Oye, ¿pero no has pensado que la vecina que nos cuida también puede ser la asesina?



¿Cómo no se me había ocurrido! Claro. Estaba muy claro. Fui testigo de cómo amenazó al perrito, de cómo trata a los niños, de lo pesada que es... ¡Qué malo soy como detective! ¡Ella fue!

—No te preocupes, que no fue ella —dijo la niña con una sonrisa en su rostro.

—¿Qué?

—No fue ella, porque anoche mi mamá la contrató para que nos cuidara toda la noche para ella poder salir, y yo tuve que compartir mi cama con la vecina.

—¿Estás segura de que no se levantó por la madrugada para matar a Varita? —dije con alguna esperanza de aportar algo.

—No, ronca como una loca y anoche no pude dormir a pierna suelta.

—Entonces, todo sigue indicando que tu mamá es la asesina, ¿no crees?

—No sé, puede ser.

—¿Y por qué haría una cosa así?

—No sé, quizás porque Varita les pegó sus pulgas a mis hermanos, o porque un día se comió nuestra comida.

—¿Y sólo por eso tú...?

—¡Seguimos después, porque ahora tengo que terminar de colgar la ropa para que se seque!

Quise sacarle más información, pero la verdad es que era evidente que Patricia era la asesina. Con el dolor de mi alma, era un hecho. No tenía una coartada sólida, y por su forma de ser, por la

acusación de las ancianas y por lo atestiguado por su hija, no había cómo equivocarse.

Se me terminaba la investigación.

Sebastiana dejó al bebé acostado bocarriba en la cama y se fue al patiecito. La seguí con la vista. Me caía bien. Era una niña muy noble y parecía inteligente. Me puse a pensar en que sería agradable hacerme amigo de ella y hasta quizás ayudarla, pero algo me distrajo. Fue otro grito de guerra. Sólo me dio tiempo para girar la cabeza y ver al ninja saltar desde arriba del ropero hacia la cama. Al caer, hizo que los resortes del colchón catapultaran al bebé hacia el techo. Por suerte, me desplazé con agilidad y con los brazos extendidos pude agarrarlo en el aire.

Iba a decirle veinte cosas a ese monstruo japonés, cuando la vecina cuidadora abrió la puerta y soltó un bulto en el recibidor, mientras vociferaba:

—¡Cuiden eso ahí que es para la comida!
¡Vengo enseguida!

Se trataba de un pollo que, asustado, comenzó a correr en círculos, abanicando con sus alas abiertas todo el polvo del suelo.

En cuanto el perrito lo vio, empezó a ladrar y a perseguirlo por el resto de la casa, seguido de Sebastián y Bastián con gritos histéricos y de guerra respectivamente.

El pobre pollo se subía a los muebles, derribaba cosas y ensuciaba otras sin dejarse atrapar por aquellos salvajes que destrozaban y enmugraban más que la desesperada ave.

Unos minutos más tarde, cuando el escándalo y el caos estaban en su punto máximo, Sebastiana logró atrapar al pollo y llevarlo al patiecito.

Pero entonces comenzaron los berridos del bebé. Intenté pasearme con él, mecerlo, hablarle, hacerlo reír y hasta cantarle, pero sus aullidos eran cada vez más fuertes.

—Tiene hambre —me explicó Sebastiana, viniendo desde el patiecito—. Sobre la mesa del comedor hay una mamadera con leche. Ciérrala bien y agítala mucho antes de dársela.

Con el bebé en mis brazos, tuve mucha dificultad para enroscar bien la tapa con el chupete del biberón y agitarlo. Cada vez que lo hacía se salía algo de leche.

Cuando al fin pude lograrlo con éxito, a los interminables chillidos del bebé se sumó el llanto potente de Bastián, que al tratar de lanzarme una patada de kárate había resbalado y caído por un poco de leche que derramé en mis labores.

Me acerqué preocupado para comprobar la gravedad del golpe que recibió y, lamentablemente, le pisé la cola al perrito que, en un gesto defensivo, le gruñó a Sebastián pensando que había sido él; y los gritos histéricos del niño asustado, junto con los ladridos descontrolados del animal —o viceversa—, incrementaron la algarabía.

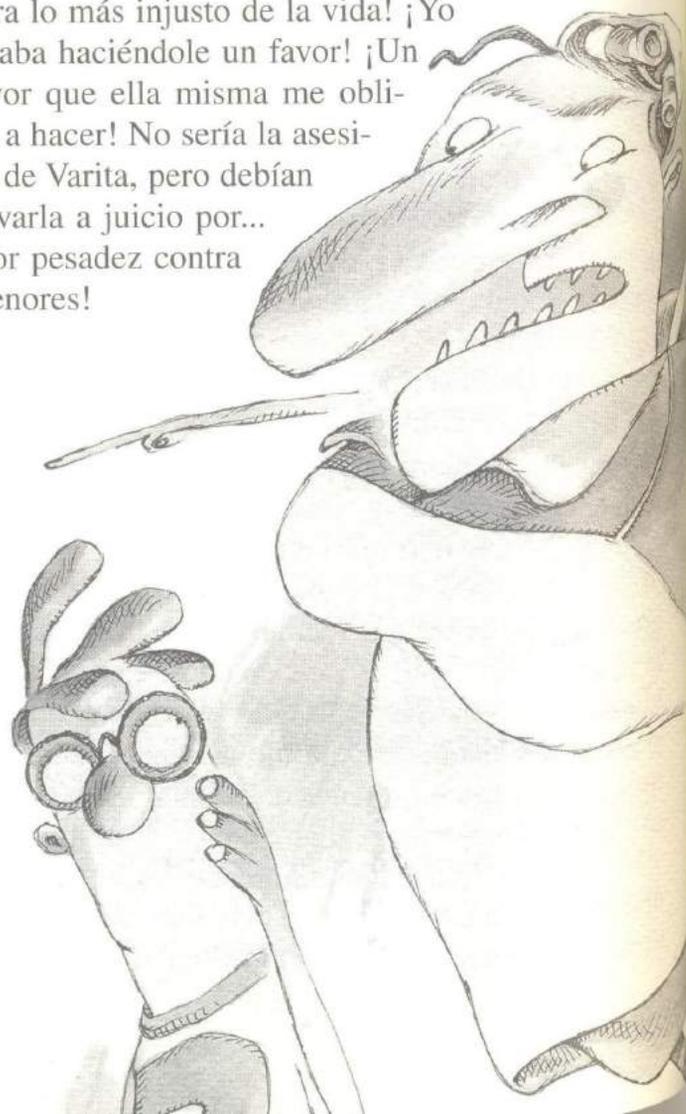
No sé hasta dónde hubiera llegado aquello ni qué hubiera hecho yo si no hubiera sido por la entrada enérgica de la vecina cuidadora, que rugiendo

por encima de todos silenció y aplacó la situación.

Sin embargo, una vez hecho eso, enseguida viró hacia mí y reventó mis oídos con su grito.

—¡Fuera de aquí!! ¡¡Todo esto es por tu culpa, chiquillo malcriado y mandrín!!

No lo podía creer. ¡Yo nunca hice nada malo! ¡Era lo más injusto de la vida! ¡Yo estaba haciéndole un favor! ¡Un favor que ella misma me obligó a hacer! No sería la asesina de Varita, pero debían llevarla a juicio por... ¡por pesadez contra menores!



Salí apurado de aquel lugar sintiendo la furia que me provocaba la injusticia, y decepcionado por el término de la investigación.

No había llegado a la puerta del abuelo, cuando escuché una voz llamándome a mis espaldas. Me volteé y allí estaba ella, la tierna Sebastiana, que asomándose por la puerta de su pieza, me hizo señas para que me acercara.

—Dime —le dije al llegar a su lado.

—Quería decirte que mi madre no es la asesina.

—¿Qué?! ¿Ella tampoco?! ¿Pero tú no me dijiste que...?

—Sí, pero te mentí. Mi mamá llegó después de que las señoras encontraron el cadáver. Además, yo la conozco y sé que es incapaz de matar a nadie.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque me enoja a veces con ella. Trabaja mucho, nos ve poco y para colmo nos pone a esta mujer pesada a cuidarnos —y sonrió de una manera muy dulce para después agregar—. No me gusta hacerte sentir así... pero, mira, quizás te ayude saber que una vez yo vi a Tato lanzarle una piedra a Varita.

—¿Por qué? —pregunté algo confuso por la nueva información.

—Porque mi hermano Bastián le puso al animalito una cinta de adorno en su cuello y Tato trató de robársela, por lo que la gata lo arañó.

—¿Entonces crees que fue Tato el asesino?

—No.

—¡¿No?! —me asombré, más confundido aún.

—No, porque Tato ya lleva dos días preso.

—¿Preso? ¿Y por qué?

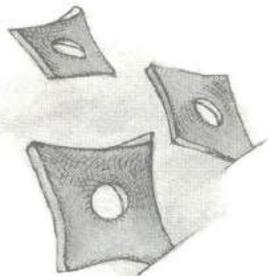
—Por robarse un semáforo. Pero te aconsejo que investigues su pieza.

—¿Tú crees que...?

—¡Sebastianaaa! —rugió la vecina cuidadora desde la cocina.

—Ya, ¡chao! —dijo, desapareciendo.

Me senté en el suelo, delante de su puerta, para ordenar mis pensamientos ya bastante enredados. Pero estaba feliz, no lo podía negar: ¡podía continuar investigando!



Tras la última pista

¡Orden y concierto!, como decía el abuelo.

Descartando a las ancianas y a Patricia, sólo quedaba Tato, pero al decirme Sebastiana que este llevaba dos días preso, se me habían acabado los sospechosos. Por lo tanto, la investigación volvía al punto de partida, o sea, a cero. Sin embargo, me quedó dando vueltas la sugerencia de la niña de indagar en la pieza de Tato. Decidí, entonces, antes de analizarlo todo con mi abuelo, echarle una ojeada al lugar.

La puerta estaba mal cerrada y se abrió un poco cuando toqué con mis nudillos. Esperé, pero no sucedió nada. Volví a tocar y nada. Empujé suavemente la puerta y crujió tanto que daba la impresión de que se quejaba, la pobre. No sé por qué, pero comencé a sentir miedo.

Entré al pequeño recibidor muy despacio. Al cerrar tras de mí la puerta, pude comprobar que toda abertura por donde podía penetrar un haz de luz en esa pieza, estaba tapiada. La oscuridad era total.

Al llegar al dormitorio, escuché dos gritos que me paralizaron. El terror me dominó, pero esta

vez no sentí que tuviera el mal de Parkinson en mis piernas. En esta ocasión me pareció estar parado sobre el epicentro de un sismo grado doce en la escala de Richter.

No veía nada, sin embargo noté dos bultos grises que pasaban por el aire, muy cerca de mí, en direcciones contrarias. Incluso sentí que me rozaron levemente. Acto seguido, se escuchó un ruido como de objetos cayendo desde dos puntos opuestos de la habitación.

No podía moverme del miedo. Ni siquiera gritar para pedir ayuda, porque de mi garganta no salía ni un balbuceo.

Transcurrieron varios segundos, que para mí fueron horas. De pronto se encendió una lamparita en el suelo, que quizás estuvo sobre el velador antes de la caída de los bultos. Con el rabillo del ojo, divisé a un hombre incorporándose y quitándose de encima algunos objetos y sacudiéndose polvo y telarañas. Sin mover la cabeza, miré de igual forma hacia el lado contrario y vi, en la penumbra, a otro hombre saliendo, entre ropas y zapatos, de un ropero.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos saltaron sobre mí después de un grito intimidante. Uno siguió de largo y cayó, sin rozarme siquiera, en el mismo ropero. Pero el que venía desde allí logró asirme a duras penas por un brazo y caímos a la largo en la cama.

Todo había sido tan rápido que no sabía qué hacer ni qué pensar.

En cuanto se recuperó el que aterrizó entre las ropas y los zapatos, fue en auxilio de su compañero que se había dado un golpe en la cabeza contra el respaldo de la cama. Entonces, ambos me metieron un trapo en la boca y me colocaron un casco de motociclista en la cabeza, dejándome acostado sobre una cubrecama algo sucia.

Encendieron todas las luces.

Entonces comenzaron a pasearse por el dormitorio.

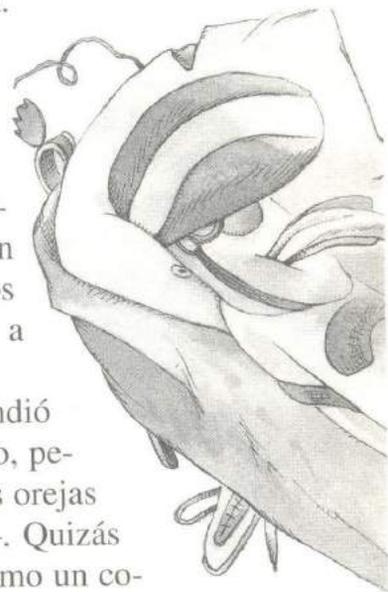
—¿Qué hacemos, Chuncho? —dijo el pelado al rape. Un joven sin camisa y con los dos dientes de adelante parecidos a los de un castor.

—No sé, Indio —respondió el otro, también joven y rapado, pero sólo hasta por encima de las orejas y con dos dientes de menos—. Quizás este chico es una avanzada, como un comando reconociendo el terreno.

—Entonces podemos estar rodeados, ¿no es cierto, Chuncho?

—Es posible, Indio. Tenemos que pensar urgentemente en algo —y el hombre fue hasta el patio trayendo a duras penas un pesado cilindro rojo, un extintor de fuego.

Se me ocurrió entonces aprovechar la distracción de mis captores para huir, pero realmente



estaba paralizado de miedo. Me resigné a esperar a ver cómo podría salir de esa horrible situación.

—¿Y eso? —preguntó el llamado Indio, señalando el extintor que el otro traía en sus manos con dificultad por su gran peso.

—Es para ponerlo detrás de la puerta para que no entren si vienen a buscarnos. Pesa mucho porque es especial para fuegos de industrias, ¿te acuerdas de dónde lo sacamos?

—Claro que me acuerdo, pero eso solo no alcanza. Dámelo para colocarlo yo y tú traes más cosas.

—No, yo lo pongo, Chuncho, y tú traes.

—No, Indio, dame acá...

Comenzaron entonces un forcejeo, tirando cada uno para su lado, cuando de repente el extintor se les resbaló de las manos y cayó al suelo en medio de los dos, provocando que se abriera la llave y saliera un gas espeso y blancuzo, el cual envolvió a los dos hombres, que no pudieron evitar respirarlo profundamente.

—¡Cof! ¡Cof! —tosió el Chuncho—. ¿Qué hacemos, Indio?

—Nada, ¡cof!, vamos a reforzar, ¡cof!, la puerta de entrada, ¡cof! Y atrincherarnos aquí, ¡cof!

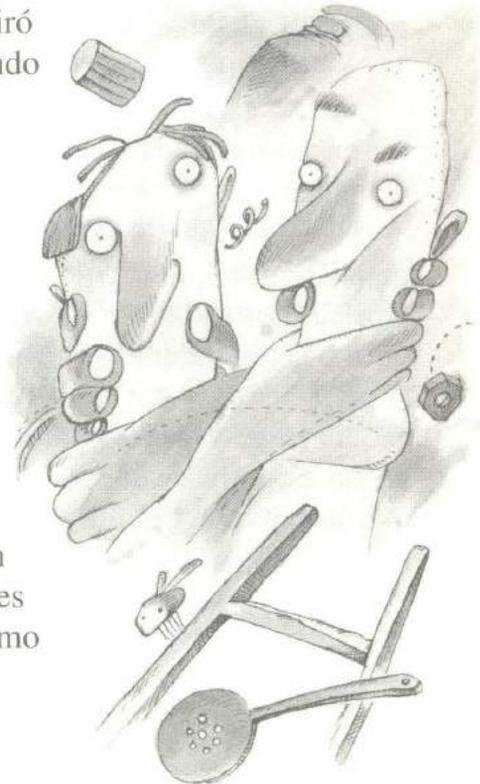
Moviéndose con cierta lentitud, comenzaron a empujar sillas, mesitas y lo que encontraron de cierto peso hacia la puerta, en medio de caídas, pausas para toser y mareos. Cuando terminaron con las cosas de adentro, fueron al patio y trajeron va-

rios cachivaches, otro extintor y hasta una escalera. Cada vez se notaban más afectados por respirar el gas. Yo no entendía nada y el terror me hacía transpirar a mares, aunque me alegré un poco por el trapo que tenía en la boca y el casco, los cuales evitaron que yo respirara el gas.

En un instante, el llamado Indio pareció perder el control definitivamente y haciendo pantalla con sus manos, gritó hacia fuera con toda la potencia de sus pulmones:

—¡Somos unos miserables canallas atrapados en nuestra madriguera! ¡Pero no nos vamos a rendir así como así!

Chuncho lo miró pacientemente, y cuando Indio terminó su discurso, lo abofeteó. El agredido trató de defenderse y lanzó, con cierta lentitud, un par de puñetazos al aire. Después se fueron al cuerpo a cuerpo, perdieron el equilibrio y, forcejeando, rodaron por el suelo barriendo con todo, pero lo extraño es que todo lo hacían como en cámara lenta.



En un momento de la pelea, en la que ambos se tenían agarrados por el cuello, el más rapado preguntó:

—¡Cof! ¿Por qué combatimos entre nosotros, Indio?

—Porque no te gustó mi discurso, Chuncho.

—¿Sólo por eso, Indio? ¡Cof!

—No sé, Chuncho, ¡cof! También puede ser que este niño sea el culpable.

—Es cierto, Indio. ¡Cof! Esa debe ser su estrategia, hacernos pelear. Divide y vencerás, ¿no es así, Indio? ¡Cof!

—Claro, Chuncho. Por eso te propongo obligarlo a hablar. ¡Cof!

—¡Buena idea, Indio! ¡Estás claro! ¡Cof, cof!

Se acercaron a la cama donde yo estaba y me encararon, cada vez más vacilantes por el efecto del gas.

—¡A ver, chiquillo! ¡Cof! ¡Contéstame, chiquillo! —me interrogó al fin el de cabeza rapada, afirmándose de la cama para no caer—. ¡Cof! ¿Cuál es tu misión, chiquillo? ¿Quién te envió, chiquillo? ¡Cof!

Entre el miedo y el absurdo de mi situación, yo no entendía nada, incluso llegué a pensar que todo aquello no era más que un sueño, o más bien una pesadilla.

—¡Cof, cof! ¡Responde, maldito chiquillo!

—Pero, Chuncho, si no le quitas el casco y el trapo de la boca no te podrá hablar nunca, ¡cof!

—¡Es verdad! ¡Cof! ¡Nos enfrentamos a un chiquillo muy listo, Indio! ¡Cof!

Me liberó entonces de todo, después de intentarlo varias veces, claro, porque sus manos no le respondían bien.

—¡Cof! ¡Habla ahora, chiquillo! ¡No te hagas el astuto conmigo! ¡Cof, cof!

—¡Y conmigo menos!

—¡Pero yo no sé nada, señores! ¡No entiendo de qué me están hablando! ¡Cof! —pude decir, comprobando también lo enrarecido del aire cuando me liberaron del casco y del trapo.

—¡Ah, con que esas tenemos, chiquillo! ¡Cof! ¡Así que no vas a hablar?! ¡Cof! ¡Pues vas a ver que en unos segundos más nos dirás todo lo que sabes y hasta lo que no sabes! ¡Cof!

—¡Te faltó decir chiquillo!... ¡Ja, ja, ja! ¡Cof! ¡Eres muy cómico, Chuncho! —se divirtió el otro. Pero al mirarlo serio su compañero, desapareció su risa de repente—. ¡Y eres muy responsable también, Chuncho!

—¡No, por favor! —grité desesperado—. ¡No me hagan nada! ¡Cof! ¡Yo no sé nada!

—¡Cof! ¡Ya verás, chiquillo malo! ¡Cof! —amenazó Chuncho, tomando un martillo del ropero con mucha dificultad.

—Tendrás que hablar, ¡cof!, ahora —se burló de mí Indio, asintiendo con una sonrisa malévola.

—¡Indio! ¡Cof, cof! ¡Pon tu mano en la cómoda, Indio! ¡Cof! ¡Ya verás cómo este infeliz no resiste y lo confiesa todo! ¡Cof!

El rapado hasta las orejas puso su mano abierta sobre el mueble y su amigo dejó caer el martillo, pero no dio en el blanco de tan mareado que estaba. Insistió, y la cuarta vez al fin golpeó el dedo índice de su amigo. Indio se quedó mirando un punto lejano fijamente, hasta que se le aguaron los ojos. Se puso muy colorado, comenzó a sudar y por último se mordió los labios, pero mantuvo la posición erguida de su cuerpo con dignidad.

—¡Cof! ¡Habla, chiquillo! ¡Habla o le aplasto el otro dedo al Indio! ¡Cof!

—Ese no va a confesar, Chuncho, por favor, créeme —masculló con rapidez Indio, pasándose la mano sana por el rostro.

—¡Por favor! ¡Cof! ¡Voy a hablar! —imploré, para que no siguieran con aquello.

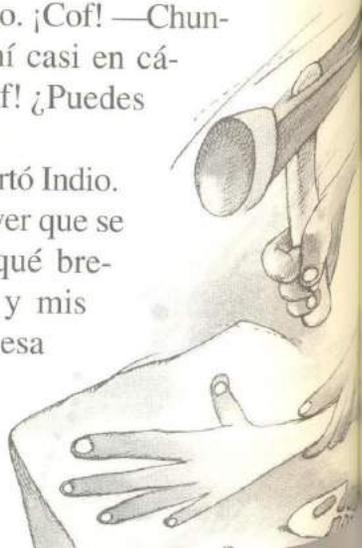
—¡Cof, cof! ¡Vas a confesar, chiquillo! ¿No es cierto, chiquillo? ¡Cof!

—¡Les voy a contar sólo la verdad! ¡Se los juro!

—Está bien, chiquillo. ¡Cof! —Chuncho se acomodó frente a mí casi en cámara lenta y añadió—. ¡Cof! ¿Puedes decirnos qué haces aquí...?

—Chiquillo... —aportó Indio.

Ya más calmado al ver que se habían detenido, les expliqué brevemente mi investigación y mis intenciones al entrar en esa pieza. Pero como se inte-



resaron en mi historia, me acosaron con sus preguntas, lo que me obligó a contarles todo con lujo de detalles.

—¡Es increíble! —comentó Indio una vez que finalicé mi relato—. ¡Cof! ¡Y nosotros que pensábamos que eras un enemigo, que nos querías atrapar!

—¿Pero por qué pensaron eso? —quise saber yo—. ¿Están escondidos aquí huyendo de algo? ¡Cof!

—¡Cof, cof, cof, cof...! —le dio un ataque de tos al Chuncho, lo que ocasionó que su compañero le pegara muy fuerte en la espalda con el puño cerrado de sus dos manos. Fue tanto, que el hombre se desplomó en la cama llorando.

—No te pongas así, Chuncho, ¡cof! —lo animó el Indio—. No seas tan sentimental. ¡Cof, cof!

—No, ¡cof! —respondió su compañero secándose las lágrimas—. No me puse sentimental. Yo soy muy rudo, Indio. Es que me cayó un bichito en cada ojo. ¡Cof!

—¡Cof! No te, ¡cof!, ¡creo! —saltó el Indio.

—¿Me estás diciendo mentiroso?!

—¡Sí, porque te dolieron mis golpes y no lo confiesas!

—¡No me dolieron te digo!

—¡Cálmense los dos! Y terminen de contarme si ustedes están escondidos aquí. ¡Cof! —insistí yo.

—Casi siempre, ¡cof!, estamos huyendo, chiquillo —dijo Chuncho.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque, ¡cof! pertenecemos a un grupo que maniobramos en la clandestinidad, ¡cof!, ¿comprendes?

—No —dije—. ¿A qué se dedican? ¡Cof!

—¡Cof! Mira, chiquillo, el jefe nuestro nos manda a robar semáforos, carteles de paradas de buses, faroles y señales de «Pare» y «Ceda el paso», entre otras cosas. ¡Cof, cof, cof!

—¿Para qué? —quise saber—. ¿Qué hace con eso?

—¡No sabemos! Esos son sus negocios, chiquillo —dijo el Indio.

—¿Y Tato es de su grupo, ¡cof!, y por eso ahora está preso, no es cierto?

—Exactamente, chiquillo. ¡Cof! —respondió Chunchu— Por eso nuestro jefe nos escondió aquí. ¡Cof!

—¡Nos trajo personalmente! —recalcó el otro con orgullo.

—¡Cof! ¿Los trajo aquí, a casa de Tato, para esconderlos? —me sorprendí.

—Sí, el jefe dijo que este era el mejor lugar. ¡Cof! ¡Y anoche, desde el bar, nos trajo para acá! ¡Cof!

—¿Y quién es el jefe? —pregunté con la mayor inocencia que pude.

—¡Cof! No, eso no te lo podemos decir, chiquillo. ¡Cof! Además, no lo conoces, ¿verdad, Chunchu?

—Así es, Indio.

—Bueno, no importa —me apuré en afirmar—. ¡Cof! ¿Y ahora que sabemos quiénes somos, no es posible que me dejen ir? ¡Cof!

—¡Claro! ¡Cof!

—¡Cof! ¡Claro!

Entonces, haciendo enormes esfuerzos por el mareo y la debilidad que les produjo el gas, comenzamos a mover las cosas para liberar la puerta. Bueno, en realidad casi todo el trabajo lo hice yo.

En una ocasión intenté pasar por debajo de la escalera para cargarla mejor, cuando un grito me detuvo.

—¡¡No hagas eso, chiquillo!! ¡¡Cof!!

—¡Cof! ¡El jefe siempre dice que pasar por debajo de una escalera da mala suerte, chiquillo! ¡Cof!

Enseguida me vino a la mente el hombre del bar y su miedo a entrar después de salir, su convicción al tocar madera y también el evitar tomar la sal de mis manos. Todo por «la mala suerte».

—¡Oigan! ¡Creo que ya sé quién es su jefe! —salté—. ¡Cof!

—¿En serio? ¡Cof, cof!

—Sí —continué—. Es el tipo de «El Castillo», el que tiene un peinado militar y, ¡cof! una cicatriz en la frente.

—¡Sí! ¡Es el administrador del bar! ¡Cof! ¿Cómo lo supiste, chiquillo? ¡Cof!

—¡Ah, porque soy muy buen detective! —dije orgulloso.

—¡Eso merece, ¡cof!, una felicitación, chiquillo! —exclamó Chuncho, y al tratar de abrazarme quedaron como dormidos en sus lugares.

—¡Oigan! ¡Oigan! —les grité zarandeándolos.

Apenas abrieron los ojos y esbozaron una sonrisa medio tonta. Cuando terminé de desocupar el espacio tras la puerta, los hombres —siempre sonriendo— asintieron lentamente con sus cabezas y fueron hacia la cama, pero no llegaron a ella. Casi sin poder sostenerse, cayeron y quedaron rendidos en el suelo.

Los contemplé unos segundos y salí cerrando la puerta. Me provocaban rechazo, lástima y risa al mismo tiempo. Rechazo porque eran ladrones, lástima porque eran unos infelices y risa porque, después de todo, eran simpáticos.

Me dirigí hacia la pieza del abuelo y, respirando aire puro con muchas ganas, poco a poco fui tomando conciencia de lo pésimo que me había ido en la investigación. No sólo no había descubierto al asesino, sino que ya ni siquiera tenía sospechosos. De nuevo mi estado de ánimo se ensombreció.



Revisión del arma asesina

Desde que abrí la puerta de la pieza supe que el abuelo dormía. Sus ronquidos hacían vibrar desde los vasos de la cocina hasta el espejo del recibidor. A su lado, sin mostrar que el ruido aquel le molestara, incluso con expresión de satisfacción en su cara, dormía también Yoyito. Tal para cual.

Me senté en el borde de la cama para observar a mi abuelo. Con la dentadura postiza casi a punto de caérsele de la boca, se veía horripilante. Recordé las veces que me asustaba verlo así desde la otra cama de mi dormitorio, cuando me levantaba de noche para ir al baño, y me alegré de su decisión de irse de casa.

Como no podía conversar con él, y menos con Yoyito, me puse a hacer solo el recuento de la investigación.

Partí de la base de que ya no quedaban sospechosos. Entonces, necesariamente tenía que ser alguien de afuera del conventillo, aunque parecía difícil porque Varita nunca salía a la calle. Por raro que parezca, era la única gata que conocía que le tenía miedo a salir por ahí, le aterrorizaban los au-

tos o cualquier otra cosa que se moviera allá afuera. Ni siquiera se subía a los techos. Sólo se sentía segura dentro de este antiguo caserón convertido en conventillo. Supongo que era por el trauma de su accidente el día en que la recogí.

La otra posibilidad era que algún visitante la hubiera asesinado. ¿Pero quién? ¿Y qué motivo tendría alguien para matarla si no convivía con ella? ¿Un loco? Era una posibilidad, aunque no me convencía.

Traté de pensar en otro ángulo de la investigación y enseguida me vino a la mente un punto todavía oscuro: el arma utilizada. ¿Por qué un arpón? ¿Quién anda por ahí con un arpón listo para matar, como si fuera una pistola o un cuchillo escondido en la cintura? Además, no todo el mundo sabe manejar esa arma. Esa era un arma de pescadores, de marineros... Me quedé boquiabierto. ¡No podía creerlo! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡Era evidente! ¡El asesino de Varita era mi abuelo!

Todo encajaba. Moisés fue marinero y pescador de joven, porque aunque nunca me lo había confesado, era obvio. Se la pasaba diciendo «camarote», «mujeres y niños primero» y qué sé yo cuántas palabras y frases de la jerga de los hombres de mar. Además, estaban las historias de los países que visitó por todo el mundo. Y por si fuera poco, el tatuaje del ancla en su brazo también lo delataba. Seguro tenía el viejo arpón escondido entre sus cosas, como el carrete de hilo de nailon y los anzuelos

que vi en el ropero... Pero, ¿y el motivo? Bueno, una vez la gata le orinó sus zapatos sin cordones. Y si mal no recuerdo, en una ocasión me dijo que no soportaba el maullido de gata en celo de Varita, cuando de noche veía a un gato pasar por el tejado. ¡Claro! ¡Eso fue! Anoche Varita maulló y el abuelo se despertó alterado como hace siempre y sin pensarlo dos veces arponeó a la pobre gata.

¡Qué decepción! ¡Mi propio abuelo un vil criminal! Ya no bastaba con sus feas mañas, sus pérdidas de memoria, sus mentiras y ronquidos, ahora además tendríamos que soportar en la familia a un asesino de animales. ¡Era el colmo de la mala suerte! Porque después de los delitos contra las personas, están los crímenes contra los animales y las plantas, ¿no?

—¡Señor! —grité en un arranque.

No se dio por enterado, por lo que insistí. Pero ahora más alto y removiéndolo con fuerza.

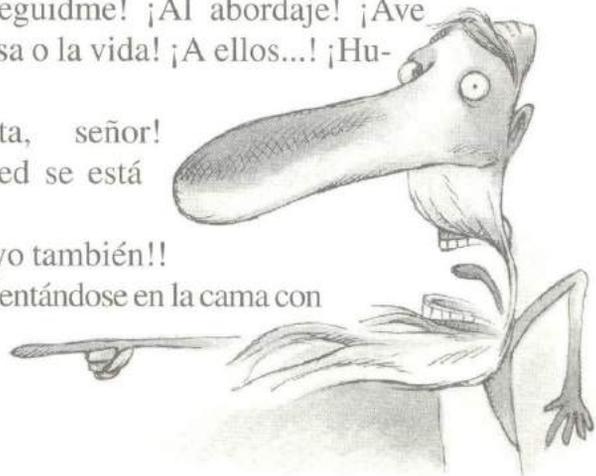
—¡Señor!!

—¡Váyapa! —se despertó alterado como siempre—. ¡Seguidme! ¡Al abordaje! ¡Ave César! ¡La bolsa o la vida! ¡A ellos...! ¡Hurra! ¡Patria...!

—¡Basta, señor!
¡Soy yo y usted se está despertando!

—¡¡Y yo también!!

—dijo Yoyito, sentándose en la cama con «lazañas» en



ambos ojos, como decía él desde que aprendió a hablar.

—¡Váyapa! —el abuelo se quitó los restos de baba de la barba con el antebrazo, según su costumbre—. ¡Disculpa, Ádata de mi mundo de caramelo y ajonjolí! ¿Ya es mañana?

—No, señor. Aún es hoy y, lamentablemente, le tengo malas noticias —dije poniéndome de pie y caminando por la pieza.

—¿Qué pasó, mi delfín de la historia sin fin? ¿Se me cayó el tatuaje? ¿Se arregló el inodoro? —preguntó como ametralladora.

—¿Los papis nos vienen a buscar? —preguntó Yoyito con tristeza.

—No, nada de eso —miré a mi hermanito bien serio de pasada y me dirigí al abuelo—. Le informo, señor, que he llegado a la conclusión...

—¡Espérate, mi caperucito rojo! ¡No me lo digas todavía! ¡Vamos a comer algo! ¡Estoy muerto de hambre! —saltó de la cama con cierta ligereza a pesar de sus años.

Fue a la cocina a preparar un caldo de pollo. Durante su maniobra me hacía gestos con la mano para que tuviera paciencia. Yo comencé a respirar bien profundo.

—¡Oye! ¿Puedo adivinar cuál es la mala noticia que nos tienes que contar? —me preguntó Yoyito en voz baja para que no escuchara el abuelo.

—No tienes la más remota idea —le respondí en el mismo tono.

—¿Pero puedo adivinar? —insistió.

—¿Y qué gano yo si no adivinas? —quise saber.

—Seré tu esclavo por una semana —dijo.

—Acepto —respondí con rapidez para no perder esa oferta y, acto seguido, agregué—: Y si adivinas, ¿qué ganas tú?

—Como las posibilidades de que adivine son remotas, como dices, el premio debe ser más importante, ¿no? —dijo de un tirón.

—Es justo —asentí con la cabeza.

—Pues si gano yo, me tendrás que hacer las tareas hasta que yo salga de octavo, tendrás que jugar conmigo cada vez que yo esté aburrido y me tienes que comprar...

—¿Cómo...? —me indigné, interrumpiéndolo en voz alta.

—¡Basta! ¡No peleen! —gritó con sequedad el abuelo—. Y cambiando a su entonación ridículamente ñoña, añadió, mientras dejaba calentando el caldo—: ¡Ya, mi bombón de fresa y merengue! ¡Cuéntame esas malas noticias ahora!

—Le decía que llegué a la conclusión... de que... ¡usted es el asesino de Varita!

—¿Qué?! —exclamó Yoyito.

—¿Cómo? —gritó la anciana que vendía melones del otro lado de nuestra puerta.

—¡Váyapa! —soltó el abuelo, agarrándose la cabeza con sus manos—. ¡No lo puedo creer! ¡Y tan bueno y noble que yo parecía...! ¿Estás seguro, mi estrellita refulgente en el firmamento?

—Creo que sí —dije.

—¡¡Hey!! ¡Yo creo que le estás faltando el respeto al abuelo! —me regañó mi hermanito—. ¡Se lo voy a decir a los papis!

—¡Calma, Yoyito! —dijo el abuelo, revolviéndole un poco el pelo para dirigirse a mí de inmediato—. ¿Puedes decirme cómo llegaste a esa deducción, mi barquito de vela de papel en mi tina? —preguntó—. Disculpa, pero tengo que saber.

—Voy... ¡ejem!... este, ¿a usted le molestaba mucho que lo despertaran los maullidos de la gata, no?

—Por supuesto —aceptó con seriedad.

—¿Y usted fue marinero y pescador, no es cierto? —continuó.

—¡Es cierto! —y tomó aire, poniendo pose de dignidad y orgullo.

—Por lo tanto —seguí—, usted es el único en este conventillo que sabe manejar un arpón, ¿verdad que sí?

—Sí... ¡tienes razón! —abrió los ojos y la boca en señal de sorpresa.

—¡Y anoche se despertó molesto con Varita, buscó su arpón y la mató a sangre fría! ¿Es así o no es así?

—¡Váyapa! —exclamó y fue hacia la cocina—. ¡¿Cómo pude haber

hecho una cosa así...?! ¡Te felicito, mi potrillo-cachorro-bebé de detective! ¡Hiciste un gran trabajo!

—Gracias —sólo dije entre extrañado y creído.

—¿Es cierto eso, señor? —quiso saber mi hermanito, a punto de llorar.

—Un momento, Yoyito, sólo hay un detalle que no me convence: ¿puedes mostrarme el arma asesina? —y comenzó a llenar tres tazones de caldo.

—Claro —dije, y fui a buscarla.

En el baño, tomé el arpón envuelto en el diario y al regresar a la cocina se lo alcancé. El abuelo lo tuvo unos segundos en sus manos y después lo lanzó con desprecio hacia el estrecho patio.

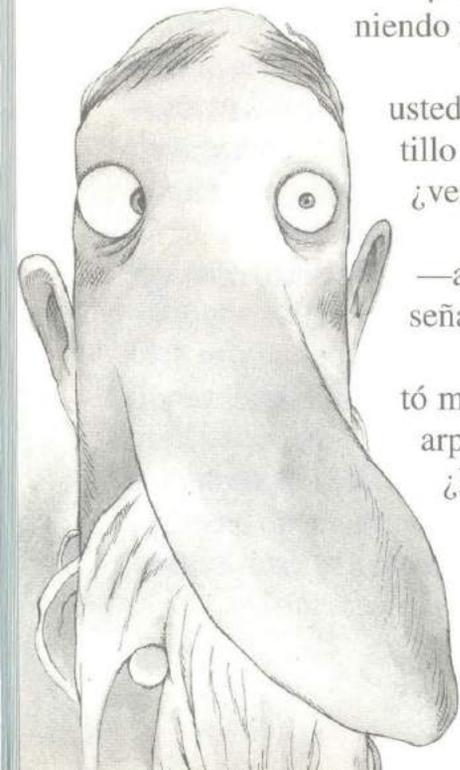
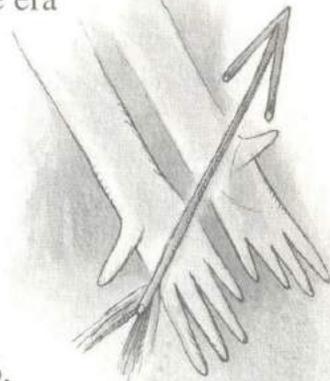
—Eso no es un arpón, mi angelito del cielo.

—¡¿Cómo?! —salté.

—Eso es una flecha de metal, mi pañal desechable sin usar. Seguro que la vieja que vende limones y su hermana dijeron que era un arpón sin siquiera saber.

—¡Es que nos pareció...! —gritó la anciana que vende limones desde afuera.

—Y después tú, mi queridísimo niño de su casa, dando por sentado en tu mente que era un arpón, ni siquiera lo pusiste en duda. —añadió, llevando los tazones a la mesa—. Además, ¿tú has visto alguna vez un arpón ante tus ojos, mi baberito bordado de mi amor?



—No... —me costó reconocer.

—¡Nosotras tampoco! —gritaron las ancianas.

—Pues ahí tienes, mi cerrillo alegre. Hay una diferencia entre un arpón y una flecha. El arpón tiene una punta para hendir y dos más para hacer presa —y dicho eso, me señaló con su dedo para añadir—: Te lo dije bien claro, mi Ádata Christie de mi alma eterna: ¡todo hay que cuestionárselo en este oficio!

—Entonces usted no... —susurré confundido.

—No, no fui yo, mi corazoncito de alcachofa y palta —concluyó.

—¡¡Bravooo!! —vociferó Yoyito—. El abue... ¡Él es inocente y Ada es un brutooo!

—Sí, me salvé, Yoyito —dijo el abuelo, chocando palmas con mi hermanito—. ¡Y qué susto pasé! Por un momento dudé de mí.

—Usted sabía bien que no había sido y me dejó hablar para que quedara como un tonto —me quejé resentido.

—Es que no pude haber sido, mi pequeño volantín volandero, porque además nunca he tenido un arpón y ni siquiera he sido marinero o pescador.

—¿No?! Pero usted siempre... —se sorprendió Yoyito.

—Miren —explicó el abuelo—, yo siempre quise ser marinero o pescador, pero nunca me pude dedicar a eso porque mi padre me obligó a ser policía tal como él. Por eso me hice el tatuaje y hablo así, para creer que lo fui, ¿entienden?

Dijo aquello con tanta convicción, que se podía leer en sus ojos bizcos su franqueza. Yo, por supuesto, le creí.

—Disculpe, señor. Una vez más fui un tonto al pensar...

—¡No! ¡Hiciste bien, mi soldadito de plomo cojito! ¡Orden y concierto! ¡Yo también era un sospechoso! Pero ahora estamos todos los vecinos del conventillo descartados, ¿no es así, mi papita frita con ketchup?

—Así es —respondí con la cabeza gacha.

Por suerte, no me dio el tiempo para deprimirme por mi nuevo fracaso. El abuelo tenía razón, tanto él como cualquiera de los demás podría haber sido el criminal. Me alegré de que no fuera así. Una vez más, este anciano me levantaba el ánimo.

—Vamos, tomemos el caldo y pensemos cómo continuar la investigación —propuso el abuelo, y nos invitó con un gesto de su mano—. Tómelo sin miedo, porque esta vez no me equivoqué con la sal.

Hicimos un brindis con los tazones y nos tomamos el caldo. Pasamos una larga hora allí sentados. Y si no nos dirigimos la palabra, fue porque cada uno estaba ensimismado en sus pensamientos... y porque el caldo estaba hirviendo y nos quemó el paladar y la lengua al primer sorbo.



Descubrimiento y captura del homicida

—Vamos a evaluar el caso —dijo al fin el abuelo, cuando se nos pasó el ardor—. Tenemos a un asesino proveniente de afuera, ¿no es cierto?

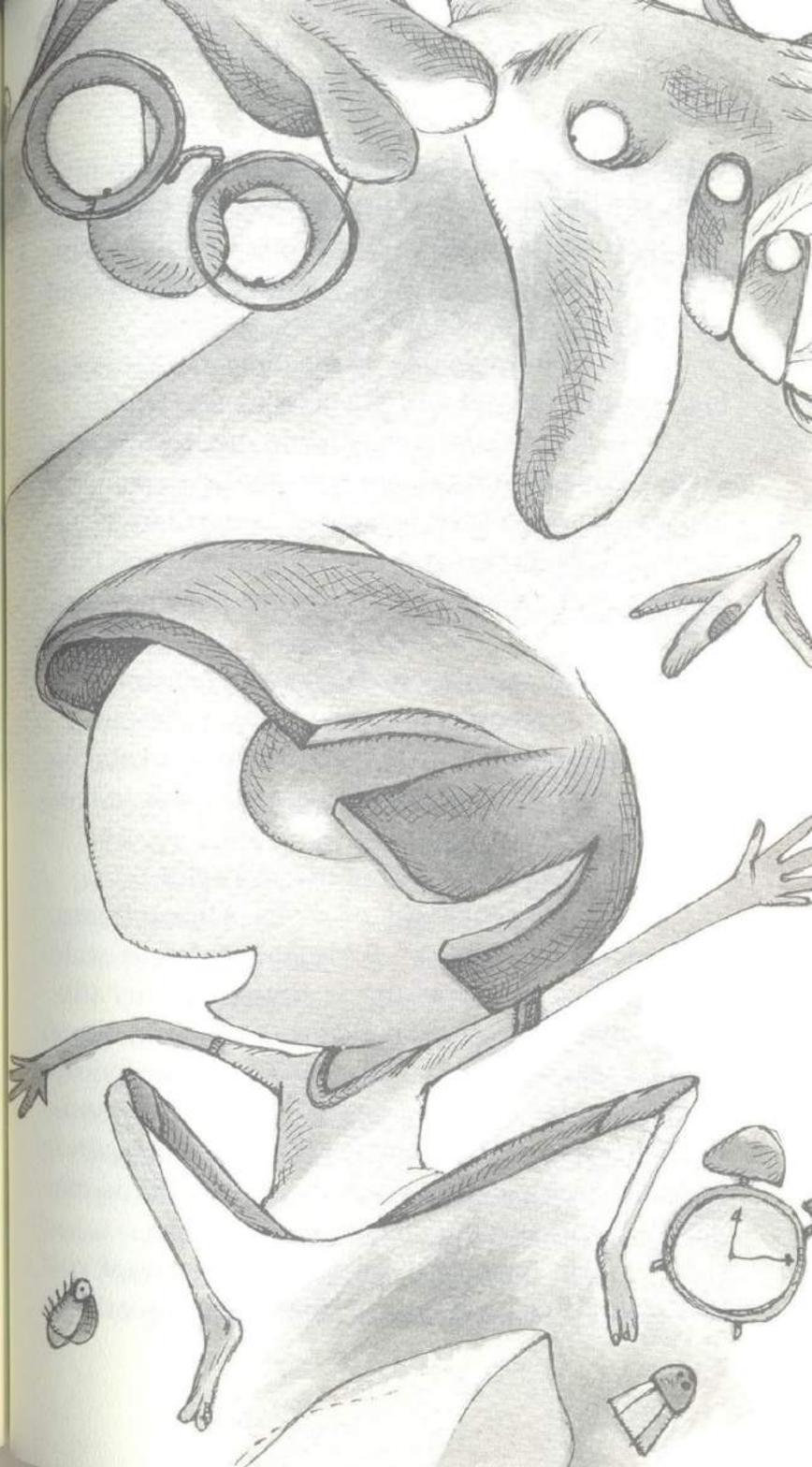
—Sí, señor —le respondí—, pero la mató desde la puerta o dentro del mismo conventillo, porque en la calle era imposible por el temor de Varita.

—Muy bien —dijo el anciano, sonándose la nariz con un pañuelito de tela. Su resfrío se había agudizado después del caldo, no sé por qué—. ¿Cuál sería el motivo por el que un visitante podría asesinar a una gata apesotosa y bandida como esa? ¿Se te ocurre alguno, mi capullito de rosa náutica? ¿Que la persona fuera atacada primero, por ejemplo?

—No creo, yo nunca vi a Varita atacar a las personas —dije—. Ni yo ni nadie.

—Piensa entonces en otra variante, mi pequeño saltamontes de la montaña mágica —me instó el abuelo.

—¡¡Yo sé!! —terció Yoyito con su entusiasmo insoportable—. Podría ser que el visitante llevara algo de valor y muy frágil en sus manos, como un jarrón chino de porcelana bien antiguo,



entonces la gata se le enredó en los pies y lo hizo caer, rompiendo el costoso jarrón, o lo que traía. Esa persona, el asesino, perdió el control, se molestó y la mató. ¡¿Eh?! ¿Cómo estuvo? ¿Quién es el mejor detective aquí? ¿Eh?

Pero antes de que yo reaccionara realmente mal, como lo vio en mi mirada, el abuelo habló:

—¡Tremenda imaginación tienes, Yoyito! —dijo, con una sonrisa, antes de doblar su pañuelito para sonarse la nariz de nuevo. También tosió, tapándose la boca con la mano—. Pero hay una falla en esa teoría: ¿llevaba un arco y una flecha encima también?

—¡No, señor! —se defendió mi hermanito—. ¡Pero pudo ir a buscar el arma y matarlo después!

—Es posible... —e hizo una pausa el abuelo antes de continuar—. Pero la verdad es que tu teoría está algo débil, hijo mío.

—¿Por qué? —se enfurruñó Yoyito.

—No te pongas así, mi niño. Mira, primero, la gata tenía que conocer al visitante para que se le acercara. Todos sabemos que la difunta era muy arisca —el abuelo buscó una parte seca en su pañuelito y volvió a sonarse la nariz. De nuevo tosió, tapándose la boca con la mano otra vez—. Segundo, el asesino tendría que ser una persona violenta y vengativa como para reaccionar así; tercero, si sucedió de esa manera, Varita tuvo muy mala suerte, porque...

—¡Un momento, señor! —lo interrumpí yo, poniéndome frente a él—. ¿Qué fue lo último que dijo?

—Que la gata tuvo mala suerte, porque...

—¡Espérese! —lo volví a interrumpir—. ¿Es cierto que si un gato negro se le atraviesa a alguien en su camino le trae mala suerte?

—Así dice la gente supersticiosa —respondió el abuelo, mirándome extrañado.

—¡Ahí está! —salté y brinqué—. ¡Lo tengo! ¡Ya sé quién es el asesino!

—¿En serio, mi palomita de maíz con mantequilla? —dijo el anciano feliz.

—¡¡Sí, claro!! —bramó Yoyito. ¡Ahora nos va a decir que el asesino soy yo! Eres un pésimo detective, Ada, ¡admítelo!

—Deja que hable, Yoyito —lo cortó Moisés.

¡No lo podía creer! ¡Había resuelto el caso yo solo! Tuve que contenerme para no zapatear de alegría, sin embargo, no podía mantenerme quieto. El abuelo me tomó por los hombros para calmarme y así les pude contar mi encuentro con el tipo supersticioso del bar y mi aventura con Indio y Chunchu en casa de Tato.

—...entonces —concluí—, el asesino entró de madrugada trayendo a sus compinches desde el bar y Varita se le atravesó en el corredor. Por lo tanto, como él es un delincuente violento, medio loco y obsesionado con las supersticiones, después volvió a «El Castillo», tomó el arco que cuelga en la pared y desde la puerta del local disparó, matando a la pobre Varita, la cual se arrastró hasta casi llegar a nuestra pieza. De ahí el hilillo de sangre en el suelo.

—¡Váyapa mil veces! —exclamó el abuelo y tosió, tapándose la boca con el pañuelito, por lo que estuvo a punto de sonarse la nariz con la mano. Por suerte se dio cuenta e invirtió la maniobra—. ¡Mi nieto es el mejor detective del mundo! ¡Descubrió al asesino, de dónde sacó el arma, el motivo que tenía, reconstruyó el hecho y aclaró la escena del crimen! ¡Y todo en menos de veinticuatro horas! ¡Viva el Ádata Christie de la familia!

Como Yoyito no lo secundó en su alegría, giró hacia mí y ambos comenzamos a bailar una improvisada canción que tarareamos juntos. Enseguida se sumó mi hermanito, celoso de que el abuelo me diera más atención a mí. Por supuesto, Moisés se cansó enseguida, se quitó su dentadura postiza, guardó el pañuelito en el bolsillo del pantalón y se acostó. Con Yoyito continuamos la fiesta un rato más, hasta que nos detuvimos por un gesto del anciano.

—Lo siento, mi Tom Sawyer querido, pero ya es hora de pasar a la segunda fase: cómo detener al criminal.

—¡Fácil! Llamo ahora mismo a su amigo el teniente de la policía y le cuento —dije en tono de burla, sabiendo que esa era otra de sus mentiras.

—¡¡Ya sé!! ¡Llamemos a un superhéroe! —chilló mi hermanito—. ¡O convoquemos al fantasma de Varita y...!

—Espérate un segundo, Yoyito —lo interrumpió el abuelo y se dirigió a mí—: No es así la

cosa, mi pequeño gigante. No conviene llamar a la policía, porque necesitamos pruebas. Quizás no se pueda probar que la flecha es de él, y quizás usó guantes para no dejar huellas.

—¿Entonces qué debemos hacer? —quise saber.

—Yo propongo tenderle una trampa y agarrarlo con las manos en la masa, mi retoñito de abedul en otoño.

—¿Una trampa? ¿Como cuál? —pregunté algo confundido.

—Vamos a cavar un hoyo enorme a la salida del bar —saltó el monstruo de Yoyito—, y a tapanlo con una tela pintada que parezca pavimento; entonces, cuando salga, el asesino caerá en el hoyo y enseguida vendrá el Hombre Araña...

—Eso está perfecto, hijo mío, pero vamos a hacer una trampa que tome menos trabajo que cavar ese hoyo, ¿bueno? —y el abuelo apretó a mi hermanito contra su pecho cariñosamente y me guiñó un ojo—. Miren, tenemos que conseguir una gata negra y hacer que se cruce en su camino, así creará que Varita todavía está viva y cuando reaccione, se dejará en evidencia él solito.

—¿Una gata? —pregunté.

—Sí, un señuelo, como le llamamos los profesionales —y el abuelo tomó aire y se hinchó, como era su costumbre cuando quería hacerse el duro—. Un animal, ya sea de verdad o de mentira, porque en la oscuridad de la noche todos los gatos son iguales.

—¡Yo tengo uno grande de madera que me regaló mi sobrino que es artesano! —gritó la anciana que vendía limones, quien al parecer se mantuvo siempre escuchando tras la puerta.

—¡Pues manos a la obra! —y se las frotó el abuelo—. ¿De acuerdo, mi sastrecillo valiente?

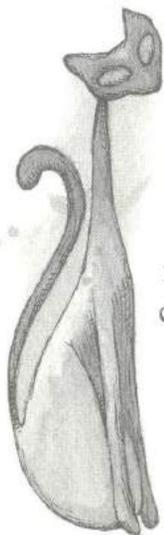
—¡¡Sííí!! ¡De acuerdo! —gritó Yoyito anticipándose.

—De acuerdo —dije también, mirando con odio a mi hermanito.

El abuelo recibió a las ancianas en la puerta, les dio unas instrucciones que no alcancé a escuchar y luego regresó. En sus manos traía una artesanía de madera, de unos veinte centímetros de alto, que representaba a un gato (o gata, no se podía saber) sentado en sus patas traseras y con un cuello estilizado que, según mi opinión, nunca podría pasar por un gato real.

El resto de la tarde lo utilizamos para pintar de negro al animal, abriéndole un hoyo de lado a lado por las patas para pasarle un cordel, y también comiendo y comentando alegremente mi talento como investigador policial. Por supuesto, varias veces tuvimos que parar las labores para limpiar lo que ensuciaba Yoyito. Yo lo hubiera castigado, pero el abuelo era demasiado complaciente con él.

En cuanto se hizo de noche y los vecinos se recogieron en sus piezas, sali-



mos los tres a realizar la «Operación Varita mágica», como la llamó Yoyito.

Me asomé a la calle. Sólo se veía a un hombre dentro de un auto estacionado casi en la esquina.

Puse el señuelo en un extremo de la puerta del conventillo, por la parte de adentro, claro está, y dejé a Yoyito sosteniendo una punta del cordel atado al gato de madera. Entonces llevé el cordel hasta el otro extremo de la entrada, escondiéndome allí, con el objetivo de que cuando apareciera el jefe de la pandilla en la acera de enfrente, tiraría del cordel para aparentar que el gato caminaba hacia mí y el tipo creyera que Varita volvía a cruzarse en su camino.

El abuelo, por su parte, se encargó de que nadie en el conventillo saliera de sus casas.

Más de una hora estuvimos agazapados en esos rincones, pero valió la pena. El jefe salió del bar y se paró en la puerta, como para respirar aire fresco.

Cuando calculé que el tipo miraba hacia el conventillo, halé aquel gato tieso, el cual se deslizó sin dificultad hacia mí. Por suerte, Yoyito facilitó la operación dando siempre más cordel.

El grito de sorpresa del hombre no se hizo esperar. Enseguida entró al bar y nosotros aprovechamos para cambiarnos de lugar, dejando al señuelo donde yo estaba antes. En pocos segundos el hombre salió de nuevo, pero esta vez con un arco y una flecha en sus manos. Yo volví a mover el gato de madera y el tipo disparó, errando por culpa de un tirón fuerte que le hice a la falsa Varita.

No sé si fue porque descubrió el truco o porque se indignó al no dar en el blanco, pero con el arco todavía en su mano, corrió hacia el conventillo.

Al verlo venir, me dio una crisis de terror y salí corriendo también, derecho hacia la pieza del abuelo. Yoyito corrió conmigo. Cuando íbamos a entrar, miré hacia atrás y pude ver al abuelo apoyado en la fachada de la anciana que vendía limones, haciéndole una zancadilla al asesino cuando este pasaba corriendo por su lado. El hombre fue directo al suelo en una espectacular caída, propinándose un violento golpe en su cuerpo. A continuación, también observé a mi abuelo llegar hasta él con el carrete de hilo de nailon que vi en su ropero y comenzó a amarrarlo. Pero lo que sucedió a continuación hubiese preferido no verlo nunca: al salir de su aturdimiento el tipo se defendió, dándole una patada tan fuerte a mi abuelo en el estómago que lo hizo caer hacia atrás.

Sin pensarlo, corrí hasta llegar a él para defenderlo. Lo sorprendente fue que Yoyito hizo lo mismo, hecho un demonio. Pero no hizo falta nuestra participación. En ese momento llegaron varios autos de policías con sus sirenas y luces intermitentes, como en las malas películas de acción. Los oficiales se dividieron y algunos entraron al bar, otros fueron hasta la pieza de Tato y, claro está, el resto redujo al jefe de la pandilla que maldecía a gritos contra nosotros.

Enseguida el conventillo se llenó de gente. Mi hermanito y yo ayudamos a levantar al abuelo



en medio de mi nerviosismo, de mi susto, de las estupideces de Yoyito y la algazara de los curiosos.

Entonces, al ver como Moisés se palpaba el golpe en su estómago, se me apretujó el corazón y me di cuenta de lo mucho que lo quería. Ahí supe que sus mañas, exageraciones y asquerosidades, fueran de verdad o fueran poses para molestar y divertirse por su especial sentido del humor, no eran lo suficientemente desagradables como para haber deseado vivir lejos de él.

—Abuelo... comencé a decir.

—¡«Señor», debes decir! —me regañó con una expresión tan seria que nadie le creería.

—Señor —rectifiqué—. Perdóneme.

—Te perdono. ¿Pero por qué esa cara, mi aceitunita rellena con atún —me miró frunciendo el ceño—, si todo salió bien?

—Yo quiero que vuelvas a vivir con nosotros —contesté.

—Tú sabes que no es posible, mi dibujito animado a colores. Yo lo único que hago es estorbar.

—¡Pero no puede quedarse aquí solo, señor! —insistí con más energía—. ¡Ahora vamos a ver un médico y después nos vamos a casa para cuidarlo!

—¡Yo no voy a ningún lado! —protestó.

De repente, Yoyito me tomó del brazo y me alejó un poco del abuelo.

—Por favor, Ada —me dijo con voz emocionadísima—, inventa algo para que el abuelo vaya con nosotros. Yo lo quiero mucho.

—Sí, Yoyito, ¿pero no ves que no quiere...?

—Si consigues que él vaya, seré tu esclavo durante un año y te compraré con mi mesada...

—No se trata de eso, Yoyito —intenté aclararle.

—Yo siempre te estoy molestando, pero es jugando —insistió con los ojos ya húmedos—. Yo te quiero mucho también, hasta te daría todos mis juguetes gratis, sin pedirte nada...

—¡Córtala, Yoyito! —y lo abracé, porque se me partía el corazón—. Deja ver qué se me ocurre. Vamos...

Regresamos con el abuelo. Sabía que era testarudo, pero ahora yo no estaba dispuesto a ceder... ¡aunque no sabía cómo convencerlo!

Parados allí, en medio del corredor, vimos a los policías llevarse presos a Chunchu y a Indio, quienes me saludaron con mucho entusiasmo al pasar. Vimos también como otros oficiales sacaban de «El Castillo» varios semáforos, dos extintores, algunas farolas, unas paradas de buses, dos o tres señales de tránsito y hasta un grifo de agua de nuestra calle, que recién habían colocado los bomberos.

Entre la multitud que ya abarrotaba el corredor del conventillo pude distinguir a las ancianas que vendían limones y melones, a Patricia con sus hijos, incluyendo a Sebastiana con su tierna sonrisa, y hasta a la vecina pesada que los cuidaba. Me dio pena pensar que pronto me iba a separar de todos ellos.

En ese momento se nos acercó el hombre que yo había visto sentado en el auto un rato antes.

—Misión cumplida, señor —dijo, cuadrándose ante mi abuelo.

—¿Cómo? —salté.

—¡¿Eh?! —se asombró también Yoyito.

—Él es mi amigo teniente —nos aclaró el abuelo.

—Funcionó todo tal y como él lo planificó —nos dijo el policía sin uniforme.

—¿Y cómo se enteró usted, si él nunca salió de su pieza? —quise saber intrigado.

—Dos señoras que viven por aquí me avisaron de parte de él.

—¡Ah! —sonreí, acordándome de las instrucciones en voz baja que les dio el abuelo.

El hombre volvió a cuadrarse y se despidió de nosotros. ¡Así que era verdad que mi abuelo tenía un amigo teniente! ¿Quién sabe si entre tantas mentiras existían más cosas reales en sus historias? De repente, se me ocurrió una idea. Corrí hacia el teniente y lo detuve en el umbral del conventillo.

—Perdone, pero, ¿de dónde conoce usted a mi abuelo?

—Era compañero y amigo de mi padre. Para todos nosotros siempre ha sido un maes-



tro en la investigación criminal —contó el teniente con un tono de admiración que no ocultó.

No lo podía creer. ¿Cómo diferenciar entonces las verdades de las mentiras que decía mi abuelo? Quién sabe si hasta era verdad lo del estadio lleno de tostadas o que escribía a máquina con manos y pies...

Regresé a su lado algo confundido, pero esperanzado con mi idea. Le tocaría su punto débil.

—Señor, ¿volverá a vivir con nosotros? —le pregunté.

—¡Ya te dije que no! —respondió.

—¡¿Pues tiene que decir que sí!! —gritó Yoyito, dando una patada en el piso.

—¿Y si le digo que lo necesito para seguir investigando y resolviendo casos criminales? —dije con falsa indiferencia.

—Eeeh... —lo sorprendí—. No sé...

—Yo sé de algunos casos en el barrio que aún están sin resolver —insistí.

—¡Uf! ¡Hay muchos! —agregó Yoyito.

—¿Como cuáles? —quiso saber.

—Como la muerte por asfixia de unos peces de colores, la aparición de un fantasma los viernes a las doce de la noche, el secuestro del ratoncito Pérez, el que cambia monedas por dientes...

—¡¿En serio?! —saltó Yoyito con un brillo en su mirada.

—Sí, claro... —y le abrí los ojos lo más que pude para que entendiera que estaba inventando.

—Este... ¡Verdad que sí! —afirmó entonces Yoyito, asintiendo exageradamente con la cabeza, y tampoco el tono de su voz le salió muy convincente que digamos.

—¡Váyapa! —exclamó el abuelo después de pensarlo unos segundos—. ¡Está bien! ¡Acepto!

—¡Pues ya está! Lo nombro Moiséslock Holmes, ¡el mayor de todos los detectives del mundo! —casi grité.

Entonces, a pesar de sus enseñanzas de hombría y su grano de arroz en la ceja y las «lazañas» de Yoyito, nos abrazamos los tres, en medio de la concurrida escena de mi primer crimen solucionado.



PePe Pelayo

Es cubano desde 1952 y chileno desde 2008. Es feliz creando humor, sobre todo para niños. Es tanta su pasión por ese tema que pertenece a la Sociedad Internacional de Estudios del Humor, en vez de pertenecer al Colegio de Ingenieros Civiles, carrera que terminó en 1979 en La Habana y que ejerció por pocos años, antes de convertirse en bufón profesional. Imparte talleres y charlas sobre Crecimiento Personal, Pedagogía y Motivación a la Lectura, todo a través del humor. Fue fundador, director, guionista y comediante de La Señal del Humor, una de las más prestigiosas compañías de humor escénico cubanas.

En lo personal, le encantan los chocolates suizos, la tortilla española, el ajíaco cubano y la empanada chilena. Viviría, si pudiera, en París, Nueva York, La Habana, Buenos Aires y Valparaíso al mismo tiempo.

Le han publicado alrededor de cincuenta libros que circulan en Cuba, Argentina, Uruguay, Perú, Colombia, Ecuador, México, Venezuela, Costa Rica, Nicaragua, Panamá, Paraguay, España y Chile.

Ha obtenido varios premios y distinciones internacionales por su obra literaria, gráfica y escénica, aunque aún él no sabe por qué. Por ejemplo, *Lucía Moñitos* (Mejor Libro Infantil Editado en Chile 2008) y el libro *Trino de colores* (Distinción The White Ravens 2009), ambos del catálogo de esta Editorial, donde también ha publicado más de quince títulos. (No sé por qué redacto esto en tercera persona, si soy yo el que escribe sobre mí). Por último, debo agregar que los datos importantes que faltan aquí (los únicos que lo son realmente) los encontrarás en www.pepepelayo.com (el mejor sitio del mundo, según yo), y en www.pelayaserias.com (el peor).

Índice

Un hecho de sangre	9
La escena del crimen	20
En búsqueda de un móvil	33
Una pausa en las pesquisas	44
Indagando una coartada	55
Tras la última pista	69
Revisión del arma asesina	81
Descubrimiento y captura del homicida	90
Biografía del autor	105

DESDE **8** AÑOS

Ada y su Varita

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo

Nuestro querido Adalberto, en su primer caso como detective, se ve enfrentado a la misteriosa muerte de su gata Varita. ¿Quién será el culpable? ¿Será su hermano Yoyito? ¿Su abuelo bromista? ¿Un extraño? Suspense, tensión y risas en esta aventura policiaca-humorística de Ada.



ALFAGUARA

INFANTIL

